La llama no se apaga

Nélida *Chela* Fontora



Editorial Primero de Mayo

Publicaciones de la Editorial Primero de Mayo

El abrigo de la colmena
Ignacio Martínez

Si le digo le miento
Milton Fornaro

Yo también tengo mi historia
Ignacio Martínez

Itinerario
Mario Benedetti

El tigre y la nieve
Fernando Butazzoni

Simón Rodríguez
C. Waisnztok y otros

Trajano
Sylvia Lago

El arcón de los intrusos
Mario Sarabí

Alpargatas y Alpargateros
Ignacio Huguet

Julio Abreu: sobreviviente del vuelo cero
Alberto Silva

La llama no se apaga

Nélida *Chela* Fontora



Editorial Primero de Mayo

Jackson 1283 | Montevideo - Uruguay | CP 11200
editorialprimerodemayo@gmail.com
ignabren@adinet.com.uy

ISBN: 978-9974-8435-9-2

Impreso y encuadernado en Tradinco Industria gráfica del Libro
Montevideo - Uruguay

Diagramación y armado: Natalia Hernández Silveira
Fotografía de tapa: Archivo de autora

Distribuye GUSSI Libros, Yaro 1119, Montevideo
Tels: 2413 6195 - 2413 3038



Foto: Iván Franco

La producción de caña de azúcar implica que esta debe ser quemada para poder ser cosechada, sin embargo, la llama que prendió la caña no se apaga con el fin de la cosecha. Sigue encendida en la conciencia y en la acción de quienes participan en su cultivo.

Por eso, la llama no se apaga.

Prólogo

En primer término hay que señalar que este trabajo es producto de la tarea de muchos compañeros y compañeras que han comprometido honoraria, militante y anónimamente su tiempo durante mucho tiempo. Para ellos el reconocimiento merecido y la gratitud por el aporte, el ejemplo y la paciencia.

También vayan las disculpas a la querida compañera Nélida *Chela* Fontora, protagonista de este emprendimiento, por hacerla remover muchos de los momentos más difíciles de su vida, para que sus vivencias se pudieran plasmar aquí como ejemplo para las generaciones venideras.

Agradecemos especialmente al PIT-CNT en la persona del compañero Ignacio Martínez, al frente de la Editorial Primero de Mayo, por su disponibilidad y generosidad con los integrantes de este proyecto.

Este libro nos arrastra por una peripecia de

adioses que giran la cabeza y siguen, que pelean las batallas y que finalmente regresan para el abrazo, para el llanto, para buscar miradas que se extrañan y ya no están.

Hoy existe una necesidad del testimonio, contra el olvido, el engaño y la injusticia. Adquiere aún más importancia cuando se trata de una vida que es muchas vidas, de una vida que está en muchas vidas. El recuerdo es tan intenso en la lucha por la verdad, como en las pequeñas cosas diarias que evocan aquellos tiempos. Contra el dolor, la lucha, siempre la lucha.

Las víctimas que han sobrevivido, no solo no pueden olvidar, no quieren. ¿Cuándo acabará esa tortura? Contaba la Dra. Mariana Mota, que cuando ejercía aún como juez penal, un testigo en un caso de violación de los derechos humanos durante el Terrorismo de Estado, le decía justamente «He pasado años tratando de olvidar, y usted me pide que recuerde». Ha sido vulnerado hasta el derecho a los fallos de la memoria. Los «olvidadores» –como diría Benedetti– se afanan en cerrar los caminos o en crear nuevos laberintos.

Interpela Edda Fabbri en su Oblibion «¿Y el derecho a olvidar?» También es vulnerado. Quedará zanjado cuando toda la verdad se desentierre,

verdad de conocimiento, de desocultación. Así se podrá interpretar lo sucedido desde una exigencia ética fundamental que abarque teoría y praxis. ¿Cómo teorizar sin conocer los hechos? Es difícil sanar la herida en el tejido social, en la subjetividad a partir de un orden simbólico de frustración y ocultamiento.

Si el Estado pretende que sean los historiadores quienes se ocupen de la búsqueda de sentido en la historia reciente, tengamos presente que la historia es el pasado en la medida en que es conocido. Escribía Ricardo Piglia «El Estado es también una máquina de hacer creer». Extender la culpa, trasladar el núcleo del relato oficial a un reduccionismo exclusivo de temporalidad y datos, solamente es parte de la falacia que pretende diluir las responsabilidades del verdadero terrorismo. Es nada menos que desconocer que existe una continuidad histórica. Digamos, invirtiendo la famosa constatación historiográfica de Fernand Braudel «La historia no es solo ciencia de lo que permanece, sino de lo que cambia».

La función narrativa –en la defensa de la acción en ciertos momentos históricos– intenta apoderarse del contenido del relato, congelando, nombrando. No podemos desconocer que esos momentos son resultado y consecuencia, son

causa de futuro y forjadores de identidad, son ese reflejo que nos vuelve.

El sustento de la verdad debe descansar en la imprescindible actuación de la justicia. La memoria cansada, porfiada, dolorida, fragmentada, de testigos, vinculación de testimonios, indicios, lugares, documentos, nos lleva por los corredores del Poder Judicial, no de la justicia. Repetición, revictimización, retestificación… Siempre desde las víctimas se ha aportado la información, una y otra vez. Pocos han sido los logros en este sentido de parte del poder (como portador de condiciones para transformar) político (como definición de qué transformar).

Una sustitución de la ideología por el discurso, en la actualidad, opera como alimentador del avance de los sistemas de creencias, en sustitución de la política, del sentido crítico. Así las metáforas (ojos en la nuca, dar vuelta la página, dos demonios, país enfermo) y las generalizaciones, atentan contra la interpretación y trasladan la discusión a un debate sin ninguna pretensión transformadora. Son muchos los textos de aquella época oscura, en este caso, su fuerza reside fundamentalmente en la correlación entre texto y contexto.

La compañera Nélida *Chela* Fontora, desde su

interior sigue cultivando. Recta y dulce. Con la intención de sedimentar la memoria colectiva se presenta este testimonio.

Ariel Silva Colomer
Montevideo, diciembre de 2017

Introducción

Esta historia que es de Chela, empieza antes de ella y nos continuará a nosotros, sus lectores. Ella, preocupada por contextualizar su relato, nos pidió el esfuerzo de escribir un par de páginas que ayudarán a entender el marco político amplio, la estructura compleja que decantó en la persecución cruel de los reclamos de los trabajadores y de sus herramientas políticas surgidas y fortalecidas en las luchas de los años 1950 y 60.

En el reparto bipolar del mundo instalado luego de la Segunda Guerra Mundial entre Estados Unidos y la Unión Soviética, la nación del norte empezó a prestar especial atención al que llamaba su «patio trasero» América Latina.

Ya en 1949 Estados Unidos instala la Escuela de las Américas en Panamá. Allí se entrenaron oficiales de todos los países latinoamericanos en técnicas de guerra interna, interrogatorios y

torturas para combatir al enemigo subversivo. La Doctrina de la Seguridad Nacional permitía interpretar la misión que debían cumplir los salvadores de la patria, elegidos en cada nación para ese «sacrificio».

El Plan Cóndor establecido para coordinar la represión en los diferentes países latinoamericanos, sella su acta fundacional el 28 de noviembre de 1975, institucionalizando una coordinación pre-existente. Está demostrado el papel que jugó en la represión de la «amenaza subversiva» bajo la Doctrina de Seguridad Nacional, y la influencia de la política exterior norteamericana en el combate a disidentes, particularmente a las organizaciones obreras y campesinas de la región del Sur de América que se fortalecían en su aspiración revolucionaria luego de la Revolución Cubana de 1959.

En 1954, los Estados Unidos habían ensayado con éxito una nueva forma de intervenir en la vida política de los países de América Latina, con el derrocamiento del Presidente guatemalteco Jacobo Árbenz, alertados por la reforma agraria que limitaba el poder de la United Fruit Company[1].

1 «Hoy el gobierno que dirige el presidente Álvaro Colom pedirá oficialmente perdón a la familia de Jacobo Árbenz Guzmán, el mandatario que en 1954 fue derrocado en un golpe de Estado que se convertiría en uno de los momentos clave de la

La formación común en la Escuela de las Américas y las coordinaciones documentadas y rotuladas como Plan Cóndor entre los diferentes aparatos represivos, explican su estructura, políticas, discursos y técnicas de tortura. La principal similitud es que en todos los países, las dictaduras se instalaron para la ejecución desde la violencia de una transformación de la vida social, económica y política.

Esas transformaciones buscaron instalar una política económica liberal y aperturista que acrecentaba los privilegios de los poderosos de siempre, pero adornado con un discurso nacionalista extremo y reduccionista. Se utilizaba la represión ante cualquier atisbo de disidencia personal o grupal, justificada por la presunta presencia del comunismo o similares ideologías foráneas y corruptoras del ser nacional. Otra similitud era que las élites golpistas estuvieron conformadas fundamentalmente por militares pero contaron con importantes apoyos civiles.

En Uruguay, el año 1968 marca el inicio del período del Terrorismo de Estado, durante el

---

Guerra Fría en América Latina, cuando Estados Unidos intentaba contener lo que percibía como la "amenaza del comunismo soviético" en el continente». Noticia de la BBC del 20 de octubre de 2011 (Enlace: www.bbc.com/mundo/noticias/2011/10/111019_guatemala_arbenz_perdon_2_cch)

gobierno de Jorge Pacheco Areco. Se trata del inicio de la aplicación ininterrumpida de Medidas Prontas de Seguridad que habilitaban suspender las garantías constitucionales en defensa de un «bien superior» identificado en la Seguridad Nacional. Ya en ese año, el enemigo concreto estaba definido: el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), que en la primera mitad de la década daba sus primeros pasos.

El 15 de abril de 1972, bajo la presidencia de Juan María Bordaberry, se declara el Estado de Guerra Interno, y poco después el MLN-T es desbaratado y sus principales líderes son secuestrados por las Fuerzas Armadas. El 27 de junio de 1973, Bordaberry disuelve las Cámaras, comenzando lo que serían 12 años de dictadura cívico-militar.

Lo que se instaló en Uruguay fue uno de los laboratorios largamente ensayados en la Escuela de las Américas, liderado por sus ilustres alumnos y con el apoyo y financiamiento del gobierno de Estados Unidos, así como por las elites económicas extranjeras y sus acólitos locales. Vincular el tejido de articulaciones cómplices entre los poderes empresariales y de los Estados hasta el punto de consolidar y fortalecer una red clandestina de colaboración, es un tarea vasta que ha sido abordada por variados investigadores que, hasta hoy,

revelan de manera profunda y documentada el rol siniestro que cumplió la CIA en el estímulo, financiamiento y liderazgo para que los golpes de estado se extendieran en toda América Latina[2].

La participación de la CIA surge de forma irrefutable de los documentos desclasificados del propio gobierno norteamericano. Resulta inútil eludir este antecedente en la discusión política actual, aunque a veces esto sucede, motivado por pragmatismo, conveniencia, cobardía o impotencia.

Por ello, en estas breves líneas se intentó ensayar que el sufrimiento de los luchadores y las luchadoras sociales nace de la acumulación de un sufrimiento anterior, que proviene de las políticas laborales desreguladas, de la producción agraria sostenida a sangre, fuego, fustazos y amenazas sobre los cuerpos de los trabajadores rurales. También de la feudalización sostenida de haciendas y latifundios, donde los propietarios del campo se convirtieron en privilegiados y en sectores dominantes. En particular en Uruguay, donde muchos de sus representantes fueron figuras muy cercanas al gobierno dictatorial y se vieron ampliamente favorecidos.

---

2 Mc Sherry P (2009) Los Estados depredadores: la operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina.

El terrorismo de Estado uruguayo (1968 -1985) fue un proyecto político y económico de ajuste de intereses, que beneficio a unos y persiguió, asesinó, torturó y desapareció a otros. Olvidar esas características para generar la ilusión de que se habla casi de un desastre natural que dejó miles de víctimas y que no tuvo culpables, es seguramente más una interpretación criminal que hipoteca la posibilidad de imaginar mejores futuros que simple ingenuidad política.

Las historias de distribución de beneficios y de dolores en las clases sociales se encarnan, no son ejercicios retóricos sino trayectorias vitales. Vidas que pertenecen a quienes generan la riqueza ajena y cuyas voces son silenciadas, enmudecidas por la violencia de la imposibilidad del acceso a la palabra. Esta historia de la violencia contra los trabajadores y las trabajadoras rurales es la historia de Chela y la transforma en una portavoz consciente, valiente, valiosa.

«Violencia que impera hoy en la prepotencia de hacendados todo poderosos como Salvador Ferreira, asesino de Fagúndez, hermano de un militante de UTAA y de Bonilla, camionero del sindicato. Salvador Ferreira hoy está detenido en la Jefatura de Artigas, con tantas comodidades

como en su estancia; seguramente no llegará a purgar por esas dos muertes los tres años y pico que soportó Octavio Da Cunha, detenido cuando carneaba en campo ajeno».

Semanario Marcha
26 de abril de 1968

«Un hombre oriundo de Tacuarembó que se desempeñaba como cuidador de caballos en un stud del Hipódromo de Salto desde hacía 8 meses, fue agredido por su empleador tras retirarse de su lugar de trabajo por no percibir un jornal. "El trabajador recibía el techo y la comida, es decir que no le pagaban un salario y decidió buscar otra caballeriza. El primer empleador lo fue a buscar y lo agredió a trompadas, por lo que resolvió concurrir a la comisaría, ayudado por una vecina, a realizar la denuncia. Posteriormente lo trasladaron al Hospital de Salto, donde quedó internado en observación ante lesiones en la cara y cabeza. Esto ocurrió el día 8 y el trabajador salió de alta el 12. A partir de allí es asistido por delegados del plenario sindical, quienes le consiguieron alojamiento y le brindaron alimentación en la sede salteña de Fenapes", al tiempo que se contactaron con la Unión Nacional de Trabajadores Rurales y Afines (Unatra) a fin de lograr

Prestes. Violencia que impera hoy en la prepotencia de hacendados todopoderosos como Salvador Ferreira, asesino de Fagúndez, hermano de un militante de UTAA, y de Bonilla, camionero del sindicato. Salvador Ferreira hoy está detenido en la Jefatura de Artigas, con tantas comodidades como en su estancia; seguramente no llegará a purgar por esas dos muertes los tres años y pico que soportó Octavio Da Cunha, detenido cuando carneaba en campo ajeno.

El Norte bárbaro, donde el juego de los niños es esgrimir dos varitas de la medida de un facón, que todos los mayores manejan con destreza inigualada y en más oportunidades que las debidas. O en menos. Norte bárbaro, donde a un cáncer al omóplato le llaman "sapo cururú" y lo tratan con vencedura, y a la nefritis del Tonico, un gurisito de 5 años con todos los ganglios inflamados, le llaman pasmo y lo llevan al "terrero" de Pai Camilo, para que el caboclo viejo le quite los malos espíritus; donde Maruja Bashiña no permite que el "burro da terra", que así le llaman al doctor los macumberos, atienda a su hija que morirá indefectiblemente de tuberculosis. Norte bárbaro de hambrientos, raquíticos, y niños que mueren año a año sin conocer la leche, la fruta o el chocolate. El Norte de los cañaverales, donde fraternizan en una única nación, correntinos, riograndeses y uruguayos, que han adoptado el portugués como idioma común de los fogones, y que emigran cuando la zafra de Artigas languidece, en busca de las arroceras brasileñas y correntinas, donde se trabaja por la comida.

Marcha - 26 de abril de 1968
Artículo de Mauricio Rosencof

un asesor legal que continúe con las acciones penales…».

Diario El Telegráfo de Paysandú
9 de enero de 2018

La superexplotación del trabajo asalariado y en particular del trabajo en condiciones de hambre y prepotencia en el medio rural de nuestro país, dan cuenta de formas de relaciones sociales de dominación que atraviesan la historia política y económica de nuestro país. Los esfuerzos múltiples y diversos de organizar, defender y mantener la aspiración de relaciones más equitativas es una historia de nuestro presente. Y eso no se construye sin tocar intereses.

Los editores
Montevideo, febrero de 2018



Marcha | 3 de mayo de 1968

Palabras al inicio

Quiero que mi testimonio de vida pueda llegar con total honestidad a aportar un granito de arena a la verdad histórica.

El medio del que vengo y donde me moví es de esa gente analfabeta o semi-analfabeta. A veces pienso que antes de nacer, y en la ruta de la vida he sobrevivido a este mundo desigual. En el hogar que nací, que me tocó nacer, con once hermanos más, recuerdo a mis viejitos, siempre queriendo ser justos, para adentro y para afuera. Para adentro con sus hijos, y para afuera con los integrantes de esta sociedad injusta y destructiva. Su ignorancia, por ser analfabetos, no les impidió tener, sin complejos la sabiduría que nos dan los hechos de la vida.

Chela Fontora

Al orgullo de pobre lo conozco

Señor que no me mira
mire un poco
yo tengo una pobreza para usté
limpia
nuevita
bien desinfectada
vale cuarenta
se la doy por diez
Pregón, Noción de patria (1962)
Mario Benedetti

Mis padres eran analfabetos, no solamente mis padres, casi todos mis hermanos. Siempre digo que iba a la escuela a dormir, porque iba cuando salía de trabajar, porque a los 7 años empecé a trabajar. Así que en esa época no me acordaba de nada de lo que aprendía, me gustaba la matemática

pero casi no me acuerdo. En mi caso aprendí a deletrear y a firmar, otros, ni eso. Dos de mis hermanas llegaron hasta sexto año.

Mi padre se llamaba Eusebio Fontora y mi madre Hermógena Santos. Y yo soy Nélida Fontora pero siempre me dijeron Chela.

Nací en Tranqueras, en el departamento de Rivera, pero siendo muy chiquita vinimos para el norte. Mi padre se fue primero al corte de caña y después nos trajo a todos.

En un principio en el departamento de Rivera mis viejos trabajaban en la estancia de Arizaga, en ese entonces mi padre era trabajador chacarero, su patrón tenía un hijo que más tarde fue compañero y también sufriría las cárceles de la dictadura.

Recuerdo que mi viejo araba, plantaba y recogía la cosecha, los hijos más grandes lo ayudaban. Había que levantarse de madrugada y volver a la nochecita.

Mi padre fue cortador de caña de azúcar, mi madre lavandera y ama de casa, que no es poca cosa cuando se tienen tantos hijos, pues hay que criarlos, educarlos y darles de comer. Tengo la certeza de que ese padre, que salía de madrugada y llegaba a la tardecita, y que esa madre, que no paraba un minuto en el día; fueron los

mejores padres para educarnos en valores y en solidaridad.

Todas las tardecitas llegaba mi viejo del trabajo, solía meterse en el pedacito de tierra que le quedaba libre en aquel rancho, para hacer un cantero con algo de verdura que abaratara la olla, y uno de nosotros –que nos turnábamos cada día– le cebaba el mate y aprendía de aquellas manos curtidas por el trabajo y de aquella cara con mirada dulce y profunda. Mi padre siempre fue libertario, vivimos en la miseria, pero el viejo era como un bagual, no le gustaban los frenos impuestos, sin que le explicaran antes la razón. Nadie logró ponerle bozal.

No recuerdo que nos dieran besos, ni abrazos, ni caricias, pero para nosotros, con una palabra que dijeran «m´hija», ya era suficiente, nos sentíamos amados.

A los 7 años empecé a cuidar un niño que era casi de mi edad, el niño tenía una bicicleta y yo que era una niña, también quería andar en bicicleta.

Esa patrona me tiró un trapo de piso por la cara porque dijo que no había limpiado bien la heladera, que en ese momento eran a querosén, se lo devolví de la misma manera. Entonces claro, la mujer llamó a mi padre para quejarse. Ahí yo ya tendría unos 10 años.

Cuando llega mi viejito y la patrona le dice que yo no la respeto, que me está pagando, y otras tantas quejas más, mi padre, la mira y le dice *se va conmigo, a mi hija no la toca nadie, tiene sus padres*. Me sentí tan contenta y protegida.

Al orgullo de pobre lo conozco, implicaba mucho sacar a su hija que daba unos pesos para ayudar a su casa, pero mi viejo hizo eso ante el maltrato que me hicieron.

Cosas que no conocíamos en mi casa

La frase «los recursos son limitados, las necesidades son ilimitadas», se puede precisar mejor así «los recursos son limitados, las necesidades también, el consumo suntuario es ilimitado».

Manual Práctico de Economía (1989)
Raúl *Bebe* Sendic

Recuerdo que se plantaba de todo en verano, mi padre tapaba la sandía con pasto para enfriarla. La arrancaba y cuando volvía más tarde repartía en partes iguales a todos sus hijos.

Siempre me sentí con falta de espacio para todo, recuerdo ser tratada distinta porque siempre me agarraba cuanta enfermedad andaba en la

Una servida para el andante

Todo miembro de una sociedad, está obligado a ver por ella, porque en ella se ve a sí mismo... en cada uno de sus semejantes ve a un hermano, y su patria, donde se halla.

Sociedades Americanas
Simón Rodríguez (1769-1854)

No tengo ni idea cómo fuimos a parar a Constitución, departamento de Salto, era muy chiquita. Ahí empezó mi padre a cortar caña de azúcar en El Espinillar[3], empresa del Estado. Ahí se cultivaba la caña de azúcar, frutos, hortalizas y se elaboraban bebidas alcohólicas.

En El Espinillar mi padre trabajaba de sol a sol, junto a mis hermanos mayores como peón

3 Fundado el 15 de noviembre de 1952.

jornalero. Si alguna vez le hubieran ofrecido ser trabajador oficial, creo que no habría aceptado. Mis viejos nos daban «lecciones de vida», de honradez y solidaridad, que en mi caso quedaron grabadas para siempre. Si había comida se guardaba «una servida para el andante»[4], así llamaban a cualquier persona, conocida o no, que andaba con hambre.

El bochorno más grande que sufrí frente a mis padres fue lo que vivimos con uno de mis hermanos. Un día, estábamos sin nada para comer en casa, y aparecimos con unos chorizos que agarramos de la carnicería de un vecino. Primero se preguntaron de dónde sacamos plata para comprar y quién nos la dio. Cuando confesamos cómo fue, nos hicieron ir a devolverlos, y a pedir disculpas. El carnicero nos quiso regalar los chorizos, pero mis padres no los aceptaron. Qué bochorno ese día. Para ellos éramos pobres, limpios y honrados. Nunca más sucedió, aunque pasáramos hambre.

Mis viejos eran de muy pocas palabras, pero pegaban fuerte cuando decían algo; por eso, aún hoy, llora mi corazón en silencio cuando recuerdo a mis padres.

---

4 «El andante» se refiere a las personas que iban de un lado para otro buscando trabajo y pernoctaban donde los agarrara la noche. En algunas casas de la zona se guardaba un plato de comida para ellos.

Un nuevo horizonte

La experiencia es una linterna que llevamos a la espalda y que solo alumbra el camino recorrido
Confucio

Constitución estaba lleno de eucaliptus, con el perfume de sus hojas y semillas, con las carreras de caballos por la avenida, muy cerca de nuestro rancho. Todos los domingos se juntaba la gente para divertirse. En Carnaval se organizaban bailes en las casas de los vecinos y era obligatorio ir disfrazados. Cada uno de nosotros era una sorpresa. En Turismo salíamos a buscar yuyos para todo el año, pues no era lo mismo el yuyo juntado el Viernes Santo, que cualquier otro día.

Mi padre no creía ciegamente en Dios. Si andaba bien le daba gracias, y si andaba mal lo puteaba; eso nos creó algunos problemas. Recuerdo

que el dos de noviembre era una fiesta para nosotros: mi madre aprontaba tortas fritas y nos íbamos todo el día para el cementerio. Nos juntábamos con la gente que venía de más lejos para charlar y compartir.

Con mi madre íbamos a lavar la ropa al río Uruguay, aquella ropa ajena, que estaba muy lejos de nuestro alcance por su costo; lo hacíamos en esas aguas dulces, donde vi los atardeceres más hermosos, con sus espinillos vestidos de flores amarillas que nos regalaban su perfume. Y para las abejas su azahar, para que trabajaran en esa exquisita miel. Había pájaros de todos colores, formando un coro con su trinar. En la orilla llena de piedras jugábamos haciendo «sapitos», sin pensar en el mañana, en el futuro. ¡Qué lejos estaba!

Tenía catorce años cuando fui a la primera marcha por los postulados que, en ese momento, pedía el sindicato de URDES –Unión de Regadores y Destajistas de El Espinillar–. Por primera vez, conocí muy de paso, a Raúl Sendic, *el Bebe*. Todos se oponían, incluso mi madre, que consideraba que yo iba a ser una carga, ¡qué iban a decir! Me decía que siendo mujer era vergonzoso estar en un ambiente de hombres. En cambio, mi viejo dijo «*Va conmigo*», y me sentí orgullosa. Fui la única hija que lo acompañó.

Mi tarea fue vender bonos. Llegamos hasta Paysandú, y hubo un acuerdo con la patronal, y volvimos llenos de historia.

Aquel día, que mi padre y otros compañeros estuvieron charlando con Raúl Sendic *el Bebe*, estaba todavía muy lejos de mis pensamientos lo que viviría más adelante.

Fui creciendo y haciéndome muchas preguntas al ver y sentir la injusticia. Al principio me integré al Partido Socialista, sin conciencia de nada, excepto la injusticia que genera la desigualdad. No soportaba ver a mis padres tristes, sin tener lo mínimo y necesario para la sobrevivencia, mientras mis propios patrones nadaban en la abundancia.

Tendría trece años cuando trabajé en el Partido Socialista en pueblo Constitución, trabajé siendo muy niña. Yo estuve en el Congreso del Partido Socialista también, y después me fui. Milité junto al flaco Giordano que era el delegado del partido en Constitución.

Conocí al hombre que iba a ser el padre de mi hija en ese mismo pueblo, también cortador de caña de azúcar. Cuando nos casamos, teníamos decidido irnos a Bella Unión. Los dos muy jóvenes, llenos de ilusión, de esperanza, veíamos allí un lugar de lucha, y de militancia. Emprendimos juntos un nuevo horizonte, que sería largo,

dulce y amargo a la vez. Ahí fui construyendo el conocimiento más profundo de mis hermanos de clase, lo que me ayudó en el infierno que viviría más adelante.

En ese pueblo que me vio crecer, un día de otoño, de sol brillante, de juventud, de compromiso, dije adiós a mis padres; a mi viejito, que me acompañó hasta el último momento sin conocer mi decisión, pero sabiendo mucho más de lo que yo pensaba. Me quedé con sus últimas palabras *«Si fuera joven, haría lo mismo que vos, cuidate, cuidá mucho a mi nietita»*. Luego, el abrazo apretado, un gran lagrimón que inundaría nuestro corazón con un estremecimiento y un adiós. Así subí en la vieja ONDA[5], apretando fuerte a mi hija con una expresión firme, con el peso de aquella despedida.

Pienso que lo que uno se propone y resuelve no es al azar, siempre hay un pensamiento, una influencia, un decidir personal. Para aquella gurisa impulsiva que fui, dinámica, llena de vida, comenzaba entonces un camino de conocimiento, de grandes compañeros y compañeras, que en su mayoría, no han pasado por los libros de historia.

---

5 Organización Nacional de Autobuses S.A. Empresa emblemática que cubría el transporte nacional y era conocida por su logo, un perro galgo.

Los sin derechos de ningún tipo

Vinieron, ellos tenían la Biblia y nosotros la tierra.
Y nos dijeron «cierren los ojos y recen».
Y cuando los abrimos, ellos tenían la tierra y nosotros la Biblia.
Desmond Tutu | Ser como ellos y otros artículos (1992)
Eduardo Galeano (1940-2015)

Las condiciones laborales de los trabajadores de Brasil, de Uruguay, de Argentina o Paraguay son las mismas, porque en los olivares en Argentina pasaba lo mismo.

Las condiciones son las mismas porque el que manda es el patrón y además en esas condiciones los trabajadores son lo más vulnerable porque no tienen recursos para volver. Depende del día que te paguen y cuando se le antoje darte algo de

plata. En Uruguay, en las zafras, antes de ir Raúl Sendic, no se conocían ningunas leyes de nada, entonces vos llegabas y el dueño de la escuela, de la carnicería, del cine, del bar, de todo era el mismo patrón, entonces, ellos lo que hacían era pagarte con un papel, ese papel servía para que vos fueras a todo el circuito dentro de lo que es su establecimiento. Fuera de ahí no podías ir porque necesitabas plata y no tenías. Salvo que estuvieras muy grave, y tuvieran que sacarte antes de la zafra, bueno, ahí se dignaban y de repente... pero esas eran las condiciones en que vivíamos nosotros.

Horario de trabajo no había y hasta el día de hoy no hay. Sivos en la zafra querés hacerte un peso más tenés que trabajar más y el trabajador trabaja doce o catorce o dieciséis horas porque es el momento en que hacés un peso para llevar a tu casa.

Esa es la situación; hace poco estuve con compañeros y con una compañera que planteaba las condiciones de la mujer y no era diferente, eran las mismas, la mujer con su hijo para poder ayudar al compañero o para hacer un peso y si está sola es peor, esas condiciones eran las mismas en todos lados.

Cuando se termina la zafra el trabajador tiene

que salir en busca de otras «changas» puede ser cerca o lejos o donde sea, pero tiene que salir porque no tiene qué comer.

Con Lourdes[6] embolsábamos el arroz, y resulta que hacíamos ese trabajo y además lavábamos la ropa de los trabajadores y ellos nos daban algún peso. Un día nos dan la ropa para lavar y al otro día cuando les vamos a entregar la ropa que teníamos doblada las ratas se habían comido todito… fue impresionante, no sabíamos que hacer… fuimos y les dijimos lo que paso, y bueno… recuerdo la vergüenza de no tener la ropa de los trabajadores.

Nosotros dormíamos todos en el piso –la nena mía era chica y usaba chupete– todas las noches nos faltaba el chupete, entonces un día dijimos «*Vamos a hacer guardia porque no puede ser*». ¿Y qué era?, las ratas venían y se llevaban el chupete. ¡Se comían el chupete! Es que en los arrozales las condiciones eran muy difíciles.

Para nosotros, los obreros, los hambrientos, los sin derechos de ningún tipo, para quienes derramaban el sudor de su frente sobre cada surco de caña, nunca existió la legislación, ni siquiera conocíamos la moneda nacional.

6 Se refiere a Lourdes Pintos, su cuñada y compañera de lucha, a quién dedica el capítulo siguiente.



El buscador de amatistas
Marcha | 24 de mayo de 1968

Mujer y cañera: Lourdes Pintos[7]

No es en la resignación que nos afirmamos, sino en la rebeldía contra la injusticia.
Pedagogía de la autonomía (1997)
Paulo Freire

Mi vieja decía «*¿Cómo una hija mujer va a andar sola con esos hombres? No puede ser*».

7 Lourdes Pintos con su esposo tuvieron 4 niños, una de sus niñas muere de desnutrición siendo muy pequeña. En el campamento alrededor del Palacio Legislativo, Lourdes enferma de tétanos, muriendo a la edad de 23 años. Fue velada en Treinta y Tres junto al Río Olimar, reconocida como luchadora por sus compañeros. A su entierro llegaron delegaciones de distintos gremios de todo el país. Su féretro fue cubierto con la bandera de UTAA y con la bandera nacional. Fue enterrada en el panteón de la Asociación de Empleados Bancarios del Uruguay (AEBU).

Pero bueno, después con el tiempo mi vieja fue entendiendo también mi lucha en el sindicato.

No fue fácil llegar a ser dirigente mujer del sindicato, entonces ahí la vieja también me fue apoyando. La movida era fundamentalmente en la noche, horario en que la salida estaba prohibida para cualquier mujer, pero siempre di la pelea y en algunas logré estar. Ya tenía a mi hija, que siempre anduvo conmigo.

Yo no fui la única, tengo una foto de Lourdes, la foto de aquel momento en una marcha en la que está con uno de sus hijos. Lourdes era mi cuñada.

Era una tarea ardua, trabajar en el campamento, cuando llegabas al rancho había que bañar los hijos, darles de comer, hacer las demás tareas de la casa, y al otro día, estar en el campamento a la hora que te determinaban los compañeros. Fui, con los años entendiendo que esto es un tema cultural, incentivado por el que explota, donde la mujer es un objeto que se utiliza, se usa, se recambia; y lo peor, era que algunos compañeros también nos discriminaban por ser mujeres. Esto, producto de las sociedades patriarcales, se sumaba al alcohol, que el patrón daba para que rindieran con su fuerza de trabajo.

Para nosotras, las mujeres fue muy difícil la militancia. Recibí insultos políticos y de los otros.

Era la puta, la comunista, la vende patria, la de los pensamientos pro rusos. Hasta me llevaron a la comisaría algunas veces, aun siendo menor. En mis actos en público siempre sufrí la discriminación y la descalificación del enemigo. Me decían que era una puta y después que era comunista, al principio ni sabía, ¿qué será eso del comunismo? Seguro que es algo espantoso.

Pasó mucho tiempo. Fue en la cárcel que hablé con compañeras del Partido Comunista y aprendí muchísimo de algunas compañeras: de Rita y Malena Ibarburu. ¡Las viejas me enseñaron tanta cosa! Yo no sabía qué era el ocho de marzo, yo decía «qué me venís a hablar de ocho de marzo ni nada, para mí todos los días son iguales». Y ahí empezaron las viejas a explicar las luchas del ocho de marzo, y las mujeres. Todo a escondidas, ahí aprendí.

Quiero recordar a todas las mujeres cañeras, que con muchos hijos, supieron apoyar desde su lugar esta lucha. Sin esas compañeras, les hubiera sido muy difícil a los compañeros llevar adelante nuestras reivindicaciones, pues ellas no solo participaron en las marchas; fueron quienes atendieron el campamento y a todos los gurises que venían en las marchas. Lástima que en la gran foto histórica del sindicato de UTAA, no aparezcan estas grandes mujeres luchadoras.



Lourdes junto a su hijo
Fotografía de Nélida Fontora

Y en especial quiero recordar a Lourdes, que además de ser familiares, pues como dije era mi cuñada, era mi compañera, mi confidente. Compartíamos todo, hasta nuestros hijos y a veces cuando yo salía en alguna delegación, ella se quedaba con mi hija. Esa muchacha dulce, espigada, tímida, solidaria, era una de las únicas compañeras que sabía manualidades y se encargaba de arreglar cuanto andrajo andaba en la vuelta de los compañeros y compañeras. Arreglaba los trapos que ninguna modista era capaz de arreglar. Esta jovencita vivió con el dolor de haber perdido a su hijita por hambre, en el campamento. Era un profundo dolor que yo conocía por nuestras grandes y profundas charlas.

Eran años muy difíciles cuando murió mi sobrinita, le daban solo agua y té dulce porque no tenían otra cosa para darle. Después de eso me acuerdo que el Dr. Bianchi hizo una asamblea con nosotros y nos explicó, primero que el ser humano no puede vivir tomando agua dulce que necesita la alimentación. El día que falleció mi sobrina, hija de mi hermano y de Lourdes, estábamos en el campamento todos amontonados, juntitos, como si pudiéramos devolverle la vida al retoño inerte que allí quedó. El compañero doctor Bianchi, que ya había revisado el cuerpito, sabía por qué

había muerto, y nos dijo sin preámbulos «*Murió de hambre. Nadie puede pasar tantos días solo con agua, por más que esa agua tenga un yuyo. No es alimento. Ustedes tienen derecho a tener una vida digna, con vivienda, enseñanza, salud y comer todos los días. Yo no puedo ser hipócrita y decirles que más de uno necesita una dieta, sabiendo las condiciones en que viven, sería tomarles el pelo*». No sé de los demás corazones, pero el mío quedó paralizado. En aquel momento no sabía si lo apreciaba o lo odiaba. Con el tiempo entendí su planteo. A este médico, también se lo llevó el terrorismo de Estado.

Recuerdo cuando me enteré que Lourdes estaba enferma. Yo volvía de una delegación que había ido a la Charqueada en Treinta y Tres, mientras los otros acampaban en la orilla del Olimar. Cuando llegamos, lo primero que me dijeron los compañeros es que está grave y que es difícil que se salve. Esta joven madre, que había quedado a cargo de mi hija, se moría. Pedí para ir a verla al Hospital de Treinta y Tres. Me acompañó el cura Zaffaroni, que ya la había visitado. El ejército y la policía quisieron apresarlo, porque era integrante de la marcha y fue obligado a salir de la misma. Cuando llegué al Hospital, quedé desarmada, inmóvil, sin pronunciar palabra, con

un dolor profundo en el pecho, que no me permitía pensar. El tétanos se llevó a esta mujer joven, madre, compañera y hermana.

Tuve el dolor más grande, el de la muerte de Lourdes. Nuestra juventud pujante, el silencio, la tristeza y el compromiso, me llevaron a tener fuerza para expresarme en aquel duelo, y hablé en el acto del entierro.

A ese lo siguió otro episodio muy doloroso, infame, vergonzoso y cruel: el Instituto del Menor nos quería sacar a todos nuestros hijos. Nos negamos a entregarlos, pero a mis tres sobrinitos, hijos de Lourdes, se los llevaron igual. Esos niños quedaron sin madre, sin padre y sin sus compañeros. ¿Quién se preocuparía? No lo hicieron cuando balearon a Ana María, que tenía solamente quince años. Cuando vino la orden de retirar a sus hijos, un compañero se hizo cargo. Los llevó en principio para su casa, y más tarde fueron a parar a otros hogares. Algunos siguen estando con sus padres de crianza, hasta el día de hoy. El más grande, *Carequita*, como le decíamos, estuvo conmigo mientras pude tenerlo a él y a mi hija.

No había para darles de comer todos los días, la pasaron muy mal también después cuando fuimos presos, tanto mis hermanos como los



Severiano Peralta habla para "El Sol"

Encontramos al compañero Peralta en la cama, pocas horas después de ser puesto en libertad. En su rostro se observan las marcas de la brutalidad policial. Contesta a nuestras preguntas lentamente, visiblemente agotado todavía.

—¿Qué significado tiene este 1º de Mayo para el movimiento obrero de nuestro país?

—Este 1º de Mayo es de gran importancia; pues se ha encarado la lucha sindical como nunca se había hecho antes, quiero decir, buscando soluciones de fondo como lo hacemos los cañeros.

El movimiento rural ya ha tenido luchas por reivindicaciones de tipo economista. Pero nos hemos dado cuenta que la lucha encarada como hasta ahora, tiene comienzo, pero no fin, por eso nos abocamos a un nuevo tipo de lucha. Buscamos soluciones de fondo.

Las reivindicaciones conseguidas no sirven porque hay mas de quinientas familias sin trabajo, ni posibilidades de tenerlo. Nuestra esituación no se arregla ni con bolsa de trabajo, ni con seguro de paro, ni con salario mínimo si no hay fuentes de trabajo.

—¿Tiene la consigna "Tierra Ahora" carácter revolucionario?

Efectivamente, esta consigna tiene carácter revolucionario porque toca a los grandes intereses latifundistas. Las tierras que pedimos están situadas en una zona muy productiva (rodeadas de arroceras y azucareras) y sin embargo están totalmente improductivas; son tierras prácticamente vírgenes. En ellas (son 30.000 Há.) no trabajan más de 12 a 15 personas. El proyecto de cooperativas presentado por U.T.A.A. cooperativa comunitaria, será el medio de vida para 500 o 600 familias.

—¿Qué relación tiene con la anterior, la consigna "Con Sendic"?

—Raúl ha sido el único procurador universitario, que se haya interesado a fondo por la clase trabajadora. En el 57 (la época de huelga remolachera) se estableció en Paysandú. Desde allí estableció contacto con los campesinos y obreros del campo. Ante el desconocimiento de los derechos del trabajador rural, Raúl se convirtió en el defensor de los trabajadores. En el 59 cuando los trabajadores de ANCAP crearon el sindicato de Es Espinillar lo nombraron asesor jurídico. La acción del sindicato asesorado por el compañero Raúl hizo que se pagaran los feriados, las licencias y otras reivindicaciones que se desconocían. No sólo en ANCAP sino en toda la zona.

Y también U.T.A.A. lo nombró asesor. La actuación incansable del compañero Sendic nos ayudó a lograr importantes conquistas. Se consiguió por vía jurídica, hacer pagar cientos de miles de pesos (a CAINSA por ejemplo). Cuando el conflicto de UTAA, CAINSA pagó más de cuatrocientos mil pesos por concepto de licencias, aguinaldos, etc. Lo mismo sucedió en la arrocera Artigas, en la Cooperativa Santa Rosa e incluso en algunos aserraderos.

Por la gran confianza que los obreros le tienen al compañero Raúl, resolvieron salir en esta marcha, con las consignas "POR LA TIERRA Y CON SENDIC".

Porque los cañeros no creen las calumnias que se dicen de él, me refiero a lo de las armas, en lo que no creemos esté implicado. Y aunque lo estuviera lo apoyaríamos igual.

—¿Considera usted acertada la opinión del Dr. Michelini (Consejero de la Facultad de Odontología) quien califica a Sendic un delincuente?

Es una cosa lógica: la policía está al servicio del Gobierno, y éste de algunas familias privilegiadas. Como lo que pide UTAA afecta los grandes intereses de los terratenientes latifundistas, yo entiendo que toca justamente los intereses del gobierno y al tocar los intereses del gobierno, los lacayos de éste tienen que tomar represalias, para defender los intereses del patrón.

El Sol | 1 de mayo de 1964

hermanos de Lourdes. Un gurí quedó solo, anduvo un tiempo en la calle hasta que la abuela, muy viejita, se lo llevó.

La situación de mi hermano, el *Bebe* Fontora, fue muy dura, yo me di cuenta después de haber vivido muchas cosas, porque era muy gurisa. Él, que había perdido a la madre de sus hijos, su compañera, ahora perdía a sus propios hijos. Aquel hombre alegre y sonriente, quedó mustio, cabizbajo, triste, sin entender lo que allí pasaba.

¿Cómo se puede recomponer la pérdida de su compañera? ¿Quién se preocupó y habló con él? ¿Quién le dedicó tiempo para escucharlo?

¡Hermano!, cuánto dolor viviste en los días y en las noches que seguimos transitando el suelo de nuestra patria que tanto te castigó. ¡Qué ignorancia la mía!, era joven, sin experiencia.

Esto lo comprendí muchos años después cuando me tocó vivir cosas tan duras como el dolor y la impotencia de haberme separado también de mi hija. *El Bebe* Fontora hoy ya no está entre nosotros, pero sus pensamientos y su camino hecho en las tierras de nuestro pueblo, los seguiré llevando yo, junto a su compañera, sus hijos y el recuerdo de Lourdes.



trabajadores,
estudiantes,
cañeros
de artigas:

hay que defender a
RAUL SENDIC

el sol

GRAN ACTO

HOY – HORA 20 y 30
EXPLANADA UNIVERSITARIA

"PARQUE DE LAS INSTRUCCIONES"

la lucha se va haciendo frontal

El Sol | 18 de diciembre de 1964

Las Aripucas

Este es un triunfo, madre, pero sin triunfo,
nos duele hasta los huesos el latifundio.
Esta es la tierra, padre, que vos pisabas,
todavía mi canto no la rescata.
Triunfo agrario
A José Pedroni (1972) Armando Tejada Gómez
y César Isella

Después de entrar a los ingenios, era muy difícil salir. Allí trabajaba el niño, la mujer y el hombre. «Las Aripucas» era un rancho en el que se entraba por un lado y se salía por el otro, sin agua y sin luz, era el lugar donde vivían y se desarrollaban el trabajador y su familia. ¿Cómo pretender que conociéramos nuestros derechos, si aquel que protestaba por algo era inmediatamente despedido? Y no solo eso, sino que su

nombre circulaba en las listas negras que eran pasadas a cada ingenio y a cada patrón.

Lo primero que se organizó fue el campamento en el monte de Itacumbú con la intención de la ocupación de las oficinas del ingenio. Se hizo con todos los administradores adentro, incluso Mister Henry, que se creía omnipotente. El logro fue el pago de lo que le debían a los trabajadores, que por primera vez tenían plata en sus manos, pero también vino la represión. Muchos compañeros fueron echados de sus «Aripucas», quedando en la calle con su familia. Así nació el campamento de Bella Unión, con el sindicato de UTAA –Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas–. El campamento fue una formidable experiencia de conocimiento y convivencia, organizándose para las primeras marchas.

El trabajo en las cañas no distingue ni raza ni color. Podían ser rubios, negros o morochos, pero cuando entraban a trabajar, todos se veían iguales: el hollín los dejaba del mismo color. Siempre se habló de la contaminación y los tóxicos: la caña de azúcar tiene una espinita casi invisible que penetra en la piel del trabajador y el hollín que se traga en cada surco, va a los bronquios, según expertos. Allí el centro fueron los números, nunca el ser humano, el patrón acumulaba su riqueza a costa de la vida.

Compartí momentos hermosos en ese rancho, que a propósito, tenía una pieza vacía, estaba todo hecho de terrón y pasto o gramilla, ya ni me acuerdo todo lo que nosotros trabajamos para levantarlo. En ese rancho, de barro, un día apareció un joven, flaco, asmático, siendo estudiante aún, que pretendía cortar caña junto a los demás cañeros. Con ese joven, que a la tarde, y a veces hasta la noche, leía en voz alta, sentado en aquella piedra, haciendo arrimar a los gurises, a los vecinos, que venían a preguntarme qué le pasaba, si estaba bien, si se sentía mal, si precisaba algo, y yo, a explicarle, que era un estudiante, que era su forma de estudiar. Este compañero, que cuando me lo encuentro, es historiador, se llamaba Yamandú González, y es el autor de *Los olvidados de la tierra*[8], hecho con toda la rigurosidad, que fue su vida. Con él tuvimos muchas charlas personales, siendo los dos muy jóvenes. Un verdadero hermano, con esa pureza y sensibilidad, de compañero y amigo, un día me dijo «*Chelita*... –ruborizado y con vergüenza–, *tengo ganas de irme, ¿a vos qué te parece? Esto no es para mí*». Había ido un día a los cañaverales a cortar caña. Le respondo que

---

8 González Sierra, Yamandú «Los Olvidados de la Tierra: vida, organización y lucha de los sindicatos rurales del Uruguay». Nordan Comunidad. Montevideo. 1994.

me parece lo mejor, «*Vas a rendir más al estar en tu lugar de militancia*».

Ahí quedó sellada una relación hasta el día de su muerte. En mí, vivirá para siempre su recuerdo.

Un hombre sensible

(...) Si me muero, que me muera con la cabeza
muy alta.
Muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama, tendré apretados los
dientes y decidida la barba. (...)
hay ruiseñores que cantan encima de los fusiles
y en medio de las batallas.
Vientos del pueblo me llevan (1937)
Miguel Hernández

Sendic, *el Bebe*, nunca hizo diferencias entre el *peludo*[9] y cualquier otro trabajador. Así fue organizando cada lugar, donde había concentración de trabajadores: el remolachero, el peón de es-

9 El término «peludo» refiere a los trabajadores de la caña de azúcar.

ta/ncia, el arrocero. Y no era un tipo simpático ni muy hablador, pero era una persona con una sensibilidad increíble. Siempre fue el primero en estar junto al que tenía el problema, en cualquier conflicto. Así, se fueron organizando todos los trabajadores, no solo los cañeros, a pesar de todas las dificultades y obstáculos que ponían los patrones.

Se han dicho muchas cosas del *Bebe* Sendic, o como le decíamos en la zona *Sandic*. Este hombre, sobre el que se han derramado tinteros, fue un hombre sensible, capaz de sacarse su único abrigo, con las heladas más grandes, para tapar a un niño. Fue el que supo comer el sancocho hecho con tripa y fideos junto a nosotros. Fue el que vivió sin asustarse las quemas de la caña de azúcar, largando sus fogonazos para alumbrar el cielo, como la tierra, sin que nadie pueda detenerlo. Quedó su piel con el mismo color que la de los demás trabajadores.

En la primera marcha donde participé, venía con nosotros Raúl Sendic. Él siempre dejó claro que no podría acompañarnos en todas las movilizaciones y conflictos. Por eso, nos fue dando las herramientas para que supiéramos defendernos. Algunos se creyeron, y se creen hasta el día de hoy, que esta fue una aventura antojadiza de

un hombre. En cambio, este fue el resultado de una manera de responder al semifeudalismo, a la opresión, a la violencia de los de arriba. Siempre hicimos las marchas pacíficamente, pero en cada entrada de un pueblo, o una ciudad, la policía nos fichaba sacándonos fotos, tomando nuestras huellas digitales, apartando los niños de sus padres y separando a los compañeros que consideraban más comprometidos, los que según ellos eran *los cabecillas*. Hubo calumnias e infamias de parte de la prensa burguesa, que respondía a los grandes capitales.

El Bebe nunca estuvo solo, desde el sindicato de URDES –Unión de Regadores y Destajistas de El Espinillar– del departamento de Salto, estuvo el compañero Jorgelino Dutra, famoso por ser uno de los mejores esquiladores de la zona, trabajador incansable, serio, pero que cuando hablaba, lo hacía con cariño y ternura. Era salteño, tuve el gusto de conocer a su madre en su casa, era hijo único, había logrado terminar el liceo, me enseñó mucho. Estaba el compañero Julio Bique, el *Cayorrino* como lo llamábamos; era un compañero carismático, voluntarioso, con una paz tan grande que nos trasmitía permanentemente esa voluntad de lucha. Atalivas Castillo[10], con su

10 Atalivas Castillo Lima, oriundo de Artigas, era miembro de

sonrisa amplia y contagiosa este compañero está desaparecido. Félix Bentín[11], también desaparecido; era hosco, de pocas palabras, pero cuando hablaba, había que escucharlo, y elaborar lo que decía. Severiano Peralta, *El Manchado*, oriundo de Paysandú este compañero, de una audacia increíble, los milicos le dieron palo sin lástima frente al Palacio Legislativo; ¿cuál fue el delito?, el de agacharse ante las flores allí plantadas y ofrecerle una flor del cantero del Palacio de las Leyes a un niño, que se la pedía. Tuvo que ser internado por la golpiza recibida.

Eduardo Gallo Castro[12], militante, hace poco apareció su hija; él sigue desaparecido. Estos compañeros supieron estar siempre a disposición de la lucha, y estuvieron junto a compañeras que custodiaban sus hijos.

También habría que nombrar a tantos

UTAA y el MLN-T. Fue secuestrado el 23/12/1977 en Buenos Aires, Argentina, y se encuentra desaparecido. En el mismo operativo fue secuestrado Miguel Ríos Casas y fue herido y luego detenido, Eduardo Gallo Castro; ambos también están desaparecidos.

11 Félix MaidanaBentín, oriundo de Artigas, era miembro de UTAA y el MLN-T. Fue detenido el 13/8/1978 en Buenos Aires, Argentina, y se encuentra desaparecido.

12 Eduardo Gallo Castro nació en Salto. Era miembro de UTAA y el MLN-T. Fue detenido en diciembre de 1977 en Buenos Aires, en el mismo operativo que Atalivas Castillo y Miguel Ríos Casas. Se encuentra desaparecido.

compañeros que estuvieron al firme, eran quienes tenían el conocimiento de los trabajadores, y del terreno donde se movían. Como a estos, otros tantos y tantas, que estuvieron presos, los mataron o los desaparecieron. El campamento, no solo funcionaba, sino que se iba trabajando para la policlínica, donde estuvo Ángela, increíble enfermera, con un conocimiento de la gente… Fue ella, junto con nosotros una de las que creó la marcha de los cañeros.

Un día, un vecino nos avisó que iba a ocupar un terreno, para levantar su rancho. Nosotros seguimos el mismo ejemplo, era parte de la lucha social. De esta manera tuvimos nuestro rancho, ese mismo rancho donde también durmió Viglietti, Rosencof, y los maestros Estela e Isidro.

Aquellos maestros supieron compartir con nosotros las miserias que obteníamos para alimentarnos, pero con la grandeza que nos daba su sabiduría. Eran montevideanos, comprometidos con los humildes, eran mayores que nosotros. Vinieron a hacer la experiencia junto a nosotros, jamás nos hicieron sentir analfabetos e ignorantes, todo lo contrario, siempre nos "daban para adelante" diciéndonos que no todos los trabajadores luchaban por sus derechos. Nos enseñaron a gustar de su lectura, nos enseñaron a comer

cosas que nosotros considerábamos como un pasto cualquiera, como el berro, que nacía en la orilla del surtidor de agua, donde la íbamos a buscar para el uso cotidiano, siempre recordaré a estos maestros: Estela e Isidro.

Los grandes intelectuales, pensadores, que no se dejaron ganar por la burguesía, empezaron a arrimarse a este campamento para expresar su solidaridad. También los estudiantes con inquietud de cambio.

El Dr. Salvador Porta[13], autor de algunos libros, hombre abierto y solidario, otro médico increíble que iba por el campamento. Este hombre viajó a China, en plena revolución cultural, para ver personalmente cómo alfabetizaban. Quiso poner en práctica el plan de alfabetización, cambiando rápidamente la forma tradicional de enseñarnos. En un pizarrón, dibujó una caña de azúcar y preguntó a quienes estábamos presentes qué era lo que había dibujado. Nosotros, de lo más cancheros, le respondimos «*Una caña de azúcar*». Vuelve con otra pregunta: «*¿Qué se saca de esa planta*?». Le contestamos «*Azúcar, alcohol, melaza*». Así le fuimos respondiendo como si nosotros fuéramos

13 Eliseo Salvador Porta (1912 -1972) nació en Artigas. Fue escritor, ensayista y médico, tratando en sus libros temas rurales e históricos.

los maestros. «*Bien. Ahora van a copiar con la letra de ustedes*», intervino. Así fuimos aprendiendo. Esto duró hasta que se pudo, porque era muy difícil, teníamos que trabajar y ver qué hacíamos al otro día para darle de comer a nuestros hijos. El compañero Dr. Porta entró en una gran melancolía y se suicidó en el año 1972. Hasta el día de hoy sigo en contacto con su hija Cristina, que debió exiliarse. Ella sufrió mucho, no solo la muerte de su padre, también el desarraigo de su suelo.

En Bella Unión empezamos a trabajar con mucho sacrificio para una audición radial. Recorrimos cada rincón del pueblo, para que participaran no solo cortadores de caña, sino todos quienes simpatizaban con nuestra lucha. A la hora de la audición, que traspasaba las fronteras y se escuchaba también en Brasil y Argentina, se paralizaba el pueblo, para saber cuáles eran los planteos sindicales. De esta manera se fueron organizando las posteriores marchas.

Me designaron para hablar en la ciudad de Salto por la muerte de un niño, una víctima más de la desnutrición.[14] Lo curioso, es que hace poco

---

14 En el sepelio, Chela leyó un discurso, que en un pasaje decía *«Venimos a enterrar una nueva víctima del latifundio. No es la primera que enterramos a lo largo de la República, desde Bella Unión a Montevideo, seguramente*

tiempo me enteré por la documentación que me entregó el Ministerio del Interior, documentación oficial de la investigación de la época, que me tenían fichada desde que tenía diecisiete años. En esos documentos está el discurso que dije en ese acto.[15]

Las marchas fueron muy duras, sufríamos la represión de los opositores, que no se agotaba con los fichajes y los manoseos. Con la participación del Ejército, inventaron que veníamos con niños alquilados en Rusia y Cuba.

Quiero destacar que toda la lucha, todas las marchas, se pudieron llevar adelante porque tuvimos el apoyo de muchos trabajadores y estudiantes. En las marchas siempre estuvimos acompañados por ellos. Los jóvenes fueron, y son, un motor fundamental para el cambio. También tuvimos una gran parte de nuestro pueblo que nos sostuvo en nuestro reclamo.

---

no ha de ser la última, mientras permanezcan en manos de una minoría de parásitos los destinos de tres millones de uruguayos».

15 Ficha del Ministerio del Interior (una hoja) con el discurso y la edad – Artículo de prensa de la época con el discurso. 24 de abril de 1965 Buscar en drive artículo de Época (fecha en la ficha para buscar referencia para el diario).

Mientras exista la pobreza, diferencia siempre habrá

En mi país, que tristeza, la pobreza y el rencor.
Dice mi padre que ya llegará desde el fondo del
tiempo otro tiempo
Y me dice que el sol brillará sobre un pueblo
que él sueña labrando su verde solar.
En mi país que tristeza, la pobreza y el rencor.
Adagio a mi país | Guitarra Negra (1978).
Alfredo Zitarrosa (1936-1989)

En una de las marchas, estando en la ciudad de Mercedes, un matrimonio quiso comprar a mi hija. Yo estaba internada con ella, en un lugar privado donde me habían llevado los compañeros. Supe que su hija estaba muy grave y falleció de leucemia. Me ofrecieron de todo por mi hija.

Me ofendí profundamente, porque no podían entender que la lucha en la que estaba participando era justamente por mi hija, para que ella y los demás niños no pasaran lo que nosotros estábamos pasando.

En la primera marcha después de haber salido del Parlamento, donde los políticos blancos y colorados nos tomaron el pelo, yéndose y dejando la sesión sin quórum en las cámaras, fuimos todos sacados a la fuerza. Nos siguieron dando palos cuando ya estábamos afuera del Palacio y comenzaron a los tiros. Fue allí, frente al campamento donde estábamos, que balearon a nuestra compañera Ana María Silva, de tan solo quince años. Esta adolescente quedó mal para el resto de su vida, sin que las autoridades competentes de la época se hicieran responsables. La furia de la desilusión, nos invadía. Tuvimos la certeza de que eran capaces de cualquier cosa para defender sus intereses y a nosotros nos llevaban al dolor de la pobreza.

Ese mismo día se llevaron a más de ocho compañeros presos. Estos hechos dejan en evidencia que nada querían saber de nosotros y de nuestros derechos. Mientras tanto, y luego de analizar nuestras condiciones y las de los demás trabajadores, surgió la idea de pedir treinta mil

hectáreas de Silva y Rosas, tierras fértiles, sin producir, tierra que queríamos trabajar. La idea fue de Sendic –que ya estaba clandestino– y un grupo de compañeros. Con su participación, se analizó y estudió el pedido. No queríamos solo las tierras, sino las herramientas para llevar adelante el proyecto. Por eso, es importante recordar que no fue un capricho de un aventurero, con él estuvieron muchos compañeros, muchas ideas y discusiones. No hay que olvidarse que nunca se pudo combatir la pobreza extrema que se vivía, la desnutrición, la desocupación, y el fichaje en las listas negras. El Instituto de Colonización aprobó el proyecto, pero nunca nos dieron las tierras. Ya en ese entonces se trabajó fuerte para la policlínica de UTAA.

El ser dirigente es un momento, el ser militante puede y debe ser toda la vida. Así me sentí y me siento hoy. Nunca importó, ni me importa, ser dirigente. Mi compromiso es con las ideas, es ser consciente que falta mucho todavía, que mientras exista la pobreza, diferencia siempre habrá.

Me siguen preguntando cuándo ingresé al MLN-Tupamaros, la verdad que mentiría si dijera que hubo una fecha en concreto, sí sé que de los tramposos y vendidos ya no podíamos esperar nada. Habíamos hecho kilómetros y kilómetros

pidiendo que se reconocieran nuestros derechos. Lo que recibimos fueron mentiras, palos y balas.

Sentada en una vieja ONDA, con mi hija en brazos, empecé a recordar mi pueblo histórico, pues allí comenzó mi militancia comprometida. Recordé a mi sobrino, Carequita, que había perdido a su madre, y hoy, se alejaba su tía. Recordé mi rancho, con aquella inmensa piedra, donde tantas veces surgieron ideas; hasta aquella perrita negra que cuidaba a los gurises allí sentados, todo lo que iba dejando por el camino. Aquel sol brillante, me daba ánimo para vivir. Solía ser fuerte y plantaba en mis pensamientos cada mirada y cada abrazo, que con algunos compañeros serían los últimos. Me esperaba un medio desconocido, una conformación diferente, compañeras y compañeros nuevos, pero que luchaban por una utopía, para que todos tuviéramos nuestros derechos. Lo que no sabía en ese momento, era que en poco tiempo tampoco tendría a mi hija conmigo. Fue difícil para mí el pasaje de aquel pueblo –donde conocía a toda su gente– a Montevideo –donde tuve que empezar a conocer– no solo a los nuevos compañeros y compañeras, sino sus olores, sus lugares, sus movimientos, donde a partir de ahora empezaría a desarrollarse mi vida.

En mi vida hubo una pelea constante por mis

orígenes, por mi pueblo, por mi gente, por el orgullo de ser quien soy, y por ser hija de quien fui. Nunca dejé que la tristeza ganara mi experiencia. Lo primero fue adaptarme, estaba en una organización clandestina, compartimentada. No solo tenía que adaptarme a la lucha, sino a mis propios compañeros. Ya no me decían más *Chela*, pasé a ser un nombre desconocido, que muchas veces ni yo misma recordaba. Me hicieron saber que a partir de ahora, de todo lo que hacía o decía, dependía mi vida y la de mis compañeras y compañeros.

Yo vine a Montevideo semiclandestina, eso es así, porque es un movimiento clandestino. No es una vida fácil, en absoluto, mucho menos para nosotros que somos del interior, te sentís como transportado de la vida que estás llevando a un mundo desconocido, a gente desconocida, inclusive hasta la forma de hablar diferente a lo que nosotros hablábamos. Nos costó horrores y llegó un momento en que tuve que separarme de mi hija, ese fue el momento más difícil.

Fue un planteo que se me hizo y… eso no quiere decir que no hiciera lo imposible para verla igual. Ella pasó a estar con otra familia y eso fue un momento de los más difíciles, porque era chiquita. Las preguntas de los hijos son muy

difíciles, tenía que enfrentarme a eso; yo a mi hija le dije siempre la verdad, siempre, aunque doliera, y yo creo que por eso la conservo. Le decía que la madre hoy estaba viva, pero capaz que mañana ella no me iba a tener a mí, pero iba a tener a otra compañera que iba a ser como su madre. Y todo eso, fue construyendo una relación muy especial con mi hija, que dura hasta hoy, ella y mis nietos andan conmigo para todos lados.

Siempre supe que hay verdades que duelen, pero la mentira es peor, engaña. Así fue que en la separación de mi hija, le dije toda la verdad que podía asimilar a sus siete años. En ese lugar de militancia fue una vida muy intensa, éramos todos muy jóvenes, con trayectorias diferentes, empecinados en que nuestra vida cambiara. Empezamos relacionándonos con los vecinos, siempre con respeto y disciplina.

Un día fui designada para otro local. Cuando llegué, vi una cara curtida y una mirada profunda, de pocas palabras. Ese compañero era de mi misma trayectoria en Bella Unión, el querido compañero Félix Bentín. Félix era muy riguroso, exigente; así empezamos a trabajar en una chacra, donde los vecinos en su mayoría eran milicos.

En una tarde otoñal y luminosa, de aparente tranquilidad, llegamos con mi compañero a

nuestra morada contentos, nuestros veinte años no admitían otra cosa, pero siempre alertas. Así fue que cuando nos bajamos del ómnibus y miramos, nos dimos cuenta enseguida que la contraseña no flameaba como de costumbre. Inmediatamente resolvimos regresar, en el ómnibus que fuera, no importaba el destino. Esto era grave, había que llegar a algunos de los lugares donde estaban los compañeros para saber qué había pasado y ver qué hacíamos. Llegamos agitados, sin saber dónde estábamos, con la ansiedad propia del miedo, pero vivos y sanos. Allí nos comunicaron que habían matado al compañero Pucurul, aquel jovencito flaco, desgarbado, lleno de utopías de igualdad para todos. Además, nos dijeron que balearon al compañero Félix Bentín, que había perdido un ojo y lo tenían preso.

Pasó un tiempo largo y *fuimos a parar* a un criadero de pollos, con aquel perro fiel, que no sabemos cómo lo sacaron y fue junto a nosotros. Este perro había sido un regalo de un policía del lugar donde nos escapamos. En esta nueva experiencia tuvimos excelente relación con los vecinos del lugar, donde intercambiábamos charlas, alimentos y momentos de esparcimiento. Era el año 1970.

Es una cárcel y me reciben cantando

Entre la sombra acechante
y un triste olor de glicinas,
escucho una voz que canta
y que tal vez, es la mía.
La canción y el poema
Idea Vilariño (1920-2009)

El nueve de mayo de 1970, día de mucho frío, llegaron las Fuerzas Conjuntas para allanar la casa donde vivíamos. Hicieron todas las preguntas, tiraron todo lo que estaba al alcance de sus manos, pero no encontraron nada. Fueron a las casas de los vecinos, y estos, con todo el cariño que nos tenían, les dijeron que somos excelentes vecinos y que tienen muy buena relación con

nosotros, a pesar del poco tiempo que llevábamos allí. Esto hizo que volvieran, y que apresaran a un compañero clandestino que estaba llegando. Ahí empezó mi otra historia, en aquel paisaje hermoso, con el canto de los pájaros y el piar de los pollitos, ante la mirada atónita de los vecinos, que desde su lugar preguntaban qué está pasando y si precisábamos algo. Mientras, el perrito, *Toby*, enfurecido se abalanzó directamente sobre el cuello de los oficiales. Nunca lo habíamos visto con tanta furia, se había transformado en una fiera en nuestra defensa. Uno de los oficiales, que antes me había felicitado por leer las revistas banales que teníamos de cobertura, sacó el arma y le dijo a *Toby*, que se calle o le va a pegar un tiro. Un soldado, que no vi de dónde salió, porque ya nos tenían contra la pared, brazos arriba, piernas abiertas, esposados y semidesnudos, le dice al oficial que no lo mate, que él se lo iba a llevar para su casa. Así, semidesnudos, nos metieron a todos en un camión.

Llegamos a un lugar, que luego sabría que era el cuartel de la Paloma, en el Cerro. Se sentía el cuchicheo de los oficiales, que nos venían a ver uno por uno. Pocas horas después, nos llevan directamente a Jefatura. Al llegar al cuarto piso siento nuevamente a nuestro perrito, que se pone

como loco. Seguramente nos olfateó. Esa sería la última vez que lo oigo. A pesar del ruido infernal y las esposas en los dos brazos, sentía que no estaba sola. En los pasillos nos pechábamos con compañeras y compañeros en la misma situación, desconocida para mí. Me metieron en un calabozo, con el techo negro y las paredes verde oscuro. Sentía que esa oscuridad era a propósito, que esos colores daban la sensación de que el techo te oprimía y se te caía encima. En esa situación trataba de ordenar mis pensamientos, mis ideas, para tener claro que esas personas eran los que estaban a la orden y defendían a mis enemigos, los dueños del capital. Debía reafirmar lo que tantas veces Félix Bentín nos había explicado en los intercambios militantes. Yo había venido de Bella Unión a Montevideo, en 1966, cuando me sacaron con otros compañeros del congreso del PIT-CNT y nos llevaron a Jefatura, frente al comisario de inteligencia Alejandro Otero, detenida,pero esto no era lo mismo.Aquello era diferente a lo que vivía en estos momentos.

De repente oigo ruidos. Se abre la puerta y me llevan a una pieza con unos focos que me enceguecían. No se veía nada, solo se escuchaba. Se oían las preguntas de uno y de otro. Uno de ellos me dice que tiene a mi jefe, que están hablando

con él y que si *canto* salgo enseguida. Yo le contesto que no tengo jefe y que no conozco a la persona que me están nombrando. Ellos me dicen que aprendí el verso, que tenía un conocimiento del manual de interrogatorio de la organización y que si no respondía lo que ellos querían, pasaría a juez. Yo sabía que las palabras, en estos casos, sobran. No le respondí y otra vez, al calabozo.

No sé qué hora era cuando me sacaron de nuevo. No salgo de la sorpresa cuando abren otro calabozo y sale Raúl Sendic, que me saluda. Frente a esto, niego que lo conozco, y siento la aprobación del *Bebe* en su cara, en su mirada. Nuevamente, me llevan a interrogatorio, a soportar los focos, las preguntas y los sacudones. Esta vez las preguntas vienen por los compañeros cañeros, querían saber quiénes integraban el MLN-Tupamaros, quiénes fabricaron los documentos falsos y quiénes me habían entregado la cédula. Mi respuesta siempre fue negar todo tipo de conocimiento. En estas condiciones me pasaron al juzgado, igual que a muchos compañeros y compañeras. Nos saludamos en medio del bullicio de preguntas: ¿cuándo caíste? ¿Qué te hicieron? Me llaman y el *milico* pasa conmigo, estoy frente a un juez. Sigo diciendo lo mismo que hasta el momento. No hubo insistencia del juez. Salgo

con dos tipificaciones: asociación para delinquir y documento falso. Luego llego a Jefatura y me dicen que apronte mis cosas. Yo ya estaba pronta, porque no tenía nada. Así me hacen salir, me suben a una camioneta y me llevan directamente a la cárcel, por primera vez.

Mi hija siempre me acompañaba en mis pensamientos, y en ese momento creí que estaba más cerca de verla. Cuando llegamos, nos esperaban unas *milicas* con el manoseo habitual y las caras de perra para impresionarnos. Sabía que estaba en la cárcel de Cabildo. Me hacen pasar dos o tres rejas. De repente empiezo a escuchar, con toda mi emoción, el *Cielito de los tupamaros*[16], cantada por todas las compañeras presas. Ese era mi recibimiento, aquellas caras inolvidables de mujeres jóvenes como yo, compañeras de 18 años, con miradas profundas, de una madurez apresurada.

Siempre estuve acostumbrada al cielo abierto, al aire libre, al sol pleno. Me impresionaban aquellos muros tan altos, las rejas y el ruido, pero me cobijaba el calor de mis compañeras. Debía aprender muchas cosas, venía de un medio

16 «Cielito de los tupamaros» es una canción compuesta en 1959 por Osiris Rodríquez Castillos. La misma fue prohibida en Uruguay durante la Dictadura, aunque la canción había sido compuesta antes de la fundación del MLN-T.

totalmente diferente al de aquella cantidad de presas políticas. No podía quedarme estancada, primero tenía que saber de mi hija, después empezar a conocer a las mujeres con las que estaba compartiendo mis horas y mis días tras las rejas. Tenía que averiguar cuánto tiempo iba a estar encerrada, y prepararme para lo que viniera. Todo esto pasaba por mi cabeza, pero siempre la dinámica es más fuerte y más rica.Mis compañeras habían hecho huelga de hambre por la mala alimentación y por la visita. También en la cárcel se hacían las cosas discutidas y organizadas, me lo hicieron saber las compañeras que llevaban la dirección.

El grupo de compañeras en Cabildo eran excelentes, todo bien, pero que no eran de mi medio.Todas presas políticas pero ninguna salida del medio de donde salí yo, eran profesionales, estudiantes, entonces el medio no era el mío; yo me encontraba enfrentando dos cosas a la vez. Eso no quiere decir que no fuera impresionante el abrazo de las compañeras que me recibieron cantando. Yo decía «*Es una cárcel y me reciben cantando...*» en ese momento estamos hablando de una cárcel civil.

Enseguida tuve la visita de mi hija. De la misma me comunica la compañera Marcela Bidegain,

sobrina de Monseñor Partelli[17], que me había ido a visitar cuando estuve internada. Tengo un agradecimiento muy especial a esta familia.

En la misma semana, me llaman para la visita con el abogado. Me preguntaba quién sería. Cuando llego al locutorio está el mismísimo José Díaz[18], que había sido el defensor del sindicato de los cañeros y más de una vez se había quedado en el rancho en Bella Unión. Nos saludamos, nos preguntamos cómo estábamos. La verdad es que me sentía muy bien. José me explicó lo jurídico y me dijo que iba a estudiar el expediente, para ver de qué forma pediría mi libertad ya que por la tipificación que tenía era delito excarcelable. También tuve otra abogada, que se turnaba con José para venir a verme. Siempre estuveal tanto de cómo iba el expediente. Cada vez que una volvía de la visita, nos contábamos todo.

Era la única de mi medio, como ya dije todas

---

17 Monseñor Carlos Partelli (03/03/1910 - 26/05/1999) fue un religioso de orientación progresista. Primer Obispo de Tacuarembó y luego Arzobispo de Montevideo. Ver más en *Monseñor Partelli: el arzobispo del Uruguay dividido*; José Luis Martínez, Ediciones Carolina, 2004.

18 Abogado y político uruguayo, militante del Partido Socialista en su juventud y cofundador del Frente Amplio. Asumió como Ministro del Interior en el 2005 y se retiró de la actividad política en el año 2007.

las demás eran estudiantes o profesionales. Aquellos muros tan altos me hacían sentir agobiada. Mi cabeza trabajaba mucho, y empecé a llevar adelante mi esquema. Todos los días hacía gimnasia y corría cien veces alrededor del patio. Todas las tareas estaban organizadas y nos íbamos turnando en equipos: de limpieza, de cocina. Se comía muy bien, al menos para mí. Teníamos grupo de discusión y estudio, por supuesto que se discutía más de lo que se estudiaba, pero se leía mucho.

Cuando llegué, las monjas ya no estaban a cargo, eran las *milicas* que hacían la recorrida permanente, y había otras que no aparecían nunca. En esta cárcel tuve siempre compañeras increíbles, que me rodearon para apoyarme y enseñarme aquello de lo que yo carecía. Entre ellas, Violeta Setelich[19], la madre de Jorge, que me repetía «*Tenés que aprender sin perder tu esencia*». También conocí a quién, más adelante en otra circunstancia, sería mi compañera en momentos duros, mi maestra de la vida, Esther Uribasterra. La verdad, que no entendía mucho, comía bien, dormía calentita como nunca, veía a mi hija más seguido que cuando estaba clandestina y tenía dos abogados; pero muchas veces, me venían ganas de salir

---

19 Militante del MIR y posteriormente del MLN-T. Compañera de Raúl Sendic, con el que tuvo dos hijos.

corriendo, ver pasto, ver río, escuchar los cantos de los pájaros, abrazar a mi gente humilde, de pocas palabras, pero con esa verdad sin vueltas.

Teníamos aquel bebé llamado Mauricio, que era un poco hijo de todas. ¿Quién no quería hacerle la papa más rica? ¿Quién no quería atenderlo con todo el amor de tía? Era un pedazo de vida de cada una. A veces la madre, para darle espacio al niño, y tenerlo ella misma, nos daba unos buenos rezongos. Recuerdo el día que les dieron la libertad a la madre y al niño. Fue un desprendimiento doloroso para nosotras. Nos quedó el bullicio de las visitas de los niños y las niñas que entraban y se iban en el día. Era un remanso de amor entregado a cada una. Con nosotras quedaron las compañeras que estaban embarazadas, que también recibían el afecto especial y el cuidado. Siempre hubo mucha creatividad, de poesía, de teatro, de juegos para los niños. Teníamos nuestro buen rato de esparcimiento. Yo no conocía las murgas, en Bella Unión se juntaban las comparsas, brasileras, argentinas y uruguayas. Las compañeras me explicaron qué eran las murgas. Cantaban y a mí me gustaba. No pude desprenderme del ritmo murguero.

Hacía ya más de diez meses que estaba en la cárcel, cuando me llamó el abogado. Allí estaba José Díaz, contento. Me habían concedido la

libertad. Me dice que apronte el bolso, que en las próximas semanas me voy a Chile. En general los compañeros y compañeras iban para allí, eran pocos los que se quedaban en Uruguay. Pregunto qué va a pasar con mi hija, y me dicen que se va conmigo. Termina la visita y el trayecto para contarles a mis compañeras se hace eterno. Las compañeras comenzaron a darme la despedida, el bullicio fue enorme.

La semana siguiente, me llaman nuevamente con el abogado. En esa instancia veo que están con caras de preocupados y me doy cuenta que no sucedía nada bueno. Después del saludo cordial, como siempre, les pregunto qué pasa. Me dicen que la fiscal Balbela me negó la libertad por convicción ideológica y que iban a apelar, pero ya no hay ninguna fecha segura. Les digo que no se preocupen, que en algún momento tendré mi libertad. Dejo la visita para encontrarme con mis compañeras, y tener toda la contención.

Las estrellas en el cielo de las tupamaras

¡La verdad se revela mejor a los pobres y a los que padecen!
¡Un pedazo de pan y un vaso de agua no engañan nunca!
Cien pensamientos de José Martí
José Martí (1853-1895)

Vuelvo a la rutina carcelaria, que dura pocos días. Dos compañeras hablan conmigo, me plantean la idea de la fuga y me dicen que si quiero irme tengo mi lugar.

El tema es que la libertad tuya, si te la niegan una vez, no sabes cuantas veces te la van a negar y vas a seguir ahí adentro, y la pasaron mal también las compañeras que se quedaron, no la

pasaron bien, porque ellos quisieron saber todo como era la cuestión.

Bien sabido es que todo preso quiere la libertad, y la organización a la que pertenecía me la estaba ofreciendo. Por supuesto que no dudé un minuto, aunque un frío recorrió mi estómago y mis intestinos. Esto no era una broma, significaba violar las normas carcelarias y todo lo que hacía la custodia. Los días siguientes fueron de mucho nerviosismo. Tanto es así, que mi hija en la última visita preguntó qué nos pasaba, porque notó que estábamos diferentes. ¡Cómo no estarlo! Podía ser la última vez que veíamos a nuestros hijos. La preparación era increíble, nos juntábamos por grupos sin mencionar nada, pero nos estábamos despidiendo. Nos iríamos con la ropa que llevábamos puesta y sabíamos que en cualquier momento nos dirían día y hora. Cada una debía hacer un muñeco con lo que tenía y colocarlo en la cucheta para simular que estaba acostada.

Así fue que una noche de julio de 1971, se sacude el piso de uno de los celdarios y aparece un compañero. Estábamos organizadas por grupos. Fuimos bajando por aquel hueco y enseguida salimos a las cloacas. Pudimos bajar todas luego del primer inconveniente, cuando una compañera demasiado grande no pasaba por el agujero.

Bajamos entre arañas, cucarachas, ratas y mierda. Así iba cada una con linterna, hasta que llegó el segundo inconveniente. Nos dan la voz de alerta para que paremos. Se había perdido una compañera que había tomado una ramificación equivocada. Eso era terrible, pero pudimos volver a la normalidad, si podía llamarse así.[20]

Llegamos a la casa donde las manos de los compañeros y compañeras nos esperaban con una muda de ropa, un par de zapatos y un arma. Las condiciones emotivas que nos envolvían, nos ayudaron a superar el camino de arañas, cucarachas y ratas, aunque el olor penetrante de las cloacas duraría mucho tiempo.

Estábamos todas con caras de alegría, porque se había logrado el objetivo. A partir de ahora, vendrá lo mejor y lo peor. Estábamos libres, pero éramos buscadas a lo largo y ancho de todo el país. Éramos sediciosas, fugadas y clandestinas, que habíamos violado las normas impuestas. Eso no se perdonaba. Cada vez que se iba una compañera, que ya tenía su puesto en la organización, nos despedíamos. Esos momentos eran de

---

20 Segunda fuga de 38 presas políticas de la cárcel de Cabildo. 30 de julio de 1971, conocida como Operación Estrella o Fuga de las estrellas. Quince meses antes, de esa misma cárcel se habían fugado 13 militantes tupamaras, esa primera fuga producida el 8 de marzo de 1970 se conoce como "la fuga de Las Palomas".

profunda alegría y angustia; con algunas compañeras no nos vimos nunca más.

Los días siguientes permanecí en un "berretín"[21], hasta que vino un compañero a decirme que mi lugar era Bella Unión. Discutí y me negué rotundamente. ¿Cómo iba a ir al lugar de donde había salido? Todos me conocían: los compañeros, la gente del pueblo, los milicos. Aunque me pusiera peluca y me maquillara, no pasaría desapercibida. Finalmente desistieron de este lugar y me designaron para ir a Paso a de los Toros, donde me esperaba un excelente grupo humano, que trabajaba con valores, disciplina y entrega.

Fue ahí que conocí a mi compañero de vida, del que nunca más me separé, a pesar de la distancia física que nos impusieron los milicos durante trece años. Éramos tan idealistas, que para formar nuestra pareja hicimos el planteo al Grupo de Dirección y al Ejecutivo Nacional del MLN. No queríamos que nuestra conducta creara confusión, conservábamos los valores y los principios, además él era legal.

---

21 Se llamaba berretín a un sector oculto de una vivienda acondicionado especialmente para guardar materiales y pasar desapercibido a simple vista.

La clandestina

Que uno no va a adivinar
qué encuentra al volver la esquina,
qué gallo le va a cantar,
qué cartas hay en el mazo,
si la volverá a encontrar
o si encontrará un balazo.
Cada vez
Idea Vilariño (1920-2009)

El berretín al que llegué ya estaba hecho por los compañeros del lugar, que sabían que llegaba alguien clandestino y debían crear lugares seguros. Quien me esperaba cuando llegué a Paso de los Toros, era mi actual compañero. Estuve en Paso de los Toros hasta que vinieron a llevarse a mis compañeros y a otros militantes. Por primera vez me salvo dentro del berretín, donde sentía las

botas, las voces de los milicos, y los golpes sobre la pared. Yo estaba escondida conteniendo la respiración. Si me hubieran descubierto, seguramente me hubieran matado. Es difícil imaginar, para alguien que no estuvo clandestino en una organización armada, como la muerte se cruza en cada minuto, cada hora y cada día.

Ese día, como tantos otros, resistió mi corazón. Por momentos pensaba que me descubrirían por los latidos y la respiración acelerada. Después de esos minutos eternos, donde tiraron todo, golpearon y pisotearon, se fueron. Yo no podía salir de allí hasta que viniera alguien a sacarme. No sé qué pasa afuera, solo sé que estoy en la oscuridad y sola. Tampoco sé si dejaron ratonera[22], como era costumbre. Ahí se llevaron a todos, yo era la clandestina, y logré escaparme, dentro de un berretín que ellos, a pesar de haber tirado absolutamente todo, no encontraron. Yo estaba ahí.

Es un momento difícil, un estrés espantoso el que vivís, pero bueno…

Llega el momento en que se abre la puerta del berretín. Abrazos, preguntas, debo saber si está vigilado el lugar y si tengo que irme. La separación

---

22 Se llamaba ratonera a dejar un grupo de policías o soldados apostados en una vivienda o local capturado, con el objetivo de detener a militantes que se acercaran al mismo.

de mi compañero y de los compañeros, hizo que mi compromiso se agigantara, pero me faltaba algo: la ternura, que hasta el día de hoy recibo. No era tan fácil cambiarme de lugar, pues estaban los milicos y el pueblo alborotado por lo que había sucedido.

Un día de esos se presenta frente a mí un compañero, que ya había estado preso en el cuartel. Con toda honestidad y honradez, me dice que si volvían a apresarlo, no resistiría. Estaba muy mal por todas las torturas recibidas. Este compañero pedía que me sacaran, quería salvarme. Ese día, abrazo y me despido de mis compañeros. Con algunos, por muchos años. Con otros, para siempre. De ahí me sacaron para una chacra en Durazno[23], solo con un compañero, que venía por primera vez.

En ese momento ya sé que estoy embarazada de dos meses y algo, pero no les comento nada a mis nuevos compañeros, no quiero que se preocupen. Debíamos conocernos, convivir, ¿para qué? Bastante teníamos con los compañeros y

---

23 Para ampliar sobre las particularidades de la Dictadura en Durazno, ver «Preso en mi ciudad: de vecinos a sediciosos. Experiencias y memorias de presos políticos de la ciudad de Durazno, durante el autoritarismo en Uruguay». Tesis de maestría de Javier Correa Morales. Disponible en: https://www.aacademica.org/000-096/45.pdf

compañeras que apresaban día a día. El tema era el mismo todos los días, cómo hacer para que no nos agarraran. Era difícil, estábamos aislados, sin conocer el terreno, sin alimentación, sin plata. La poca plata que había debíamos guardarla, porque no sabíamos cuánto tiempo íbamos a estar en esa situación. Nos pusimos de acuerdo en qué hacer si llegaban los milicos. Éramos conscientes que venían a apresar a tres clandestinos, una situación difícil, si salíamos vivos. Los compañeros me conocían, porque habían venido en las marchas cañeras. Dicho sea de paso, siempre terminaba descompartimentada[24]. Me preocupaba, pero nada podía hacer.

Había también que resguardar a los niños y a los viejos, que poco sabían de nuestro compromiso. A mi cuñado y mi suegro, unos padres increíbles, no les importaba dar su vida para salvar la nuestra. Nada se interpuso en la defensa de la libertad de sus hijos y en la solidaridad que nos brindaron. Sin importarles todo lo que eso implicaba, no hubo familiar que no pasara por la casa de doña Beba y de don Luis[25].

---

24 La compartimentación dentro de una organización clandestina implicaba que los miembros no se conocieran entre sí, ni las actividades que realizaban. Este mecanismo buscaba evitar que la detención de un militante desencadenara otras detenciones.
25 La casa de la famíliaEpíscopo era uno de los lugares donde

La organización estaba muy complicada. Estábamos en mayo del 72. Ahí me sacan los propios compañeros con los que yo militaba, no había tiempo de consultar nada. Yo era *la Clandestina*, la única clandestina que estaba ahí y además ellos sabían que yo era la responsable. Sabían eso porque ya habían caído otros compañeros y ellos sabían que yo estaba pero no sabían dónde. Así que esa misma noche salí de ahí rumbo a Durazno. Cuando van a buscarme ya no estaba en el lugar que ellos piensan. Entonces se llevaron a mis suegros y los mellizos, que eran menores, todo el mundo. En el mismo momento a mi hermano y mi hermana, en Bella Unión y Constitución. Se los llevaron a todos.

---

paraban familiares que venían a visitar a las compañeras presas en la Cárcel de Paso de los Toros.

Llevo ese ruido

Inútil decir más.
Nombrar alcanza.
Poema 40 | No (1989)
Idea Vilariño (1920-2009)

Me llevaron a Durazno, en una situación muy difícil porque los compañeros que estaban ahí habían perdido contacto, era «sálvese quien pueda». Voy a parar al campo (yo hasta ahora no sé bien), si es el de Bordaberry o el lindero con Bordaberry, ahí es donde voy a caer. Era el año 72 y hacía mucho frío. Nos levantamos, inquietos, y escuchamos en los informativos que habían agarrado compañeros en la misma ciudad de Durazno y alrededores. Nosotros teníamos un acuerdo sobre qué hacer cuando llegaran los milicos. Había dos compañeros, uno de ellos con un tiro en la mano,

que no estaba bien –siempre la realidad superaba a la ficción–. Era una tarde apacible, con el canto de los pájaros y el revoloteo de los teros, que cuidaban sus nidos alertas, cuando salgo, y veo que nos están rodeando, con caballos, camionetas y camiones. Salgo corriendo y me sigue un compañero. La verdad que no sé, ni me explico, cómo pasé los alambrados. Mientras tanto, los milicos nos tiraban ráfagas de metralleta. En ese ínterin sucede algo increíble. Alguien tenía colmenas de abejas, y como las ráfagas las alcanzaron, estas fueron en enjambre a atacar a los militares. El compañero que me seguía es miope, y me grita que perdió los lentes y no ve nada. Le respondo que siga mi sombra, no podemos detenernos. Sacamos mucha distancia, pero había helicópteros que volaban sobre nosotros.

Llevo ese ruido hasta el día de hoy. En determinado momento paramos, hablamos entre los dos qué hacer. No teníamos plata, no teníamos donde ir y no conocíamos el lugar. Las opciones eran dos: que nos mataran o que nos entregáramos, sabiendo que también así podrían matarnos. Nos dimos un abrazo y nos prometimos resistir en el interrogatorio y cuidarnos «S*i vos vivís está mi compañera, si yo vivo sé que está tu hija». Nos d*imos la vuelta con las manos en alto. A medida

que nos acercábamos a ellos, sentíamos los gritos de los dos compañeros que habían quedado cubriendo la retirada. Los milicos nos dan la orden de que nos arrodillemos, pero no lo hacemos. Era lo mismo, sabíamos lo que nos esperaba.

Me desnudan y me empiezan a dar patadas en todo el cuerpo. Un compañero grita que me respeten, que soy mujer. Pobre compañero, le dieron hasta quedar sin aliento. Conmigo tampoco cesaron las patadas e insultos. Ya estaba encapuchada y esposada. Nos tiran a todos arriba de algo, que pienso era un camión, y nos llevan para el cuartel de Caballería N° 2 de Durazno. Al llegar nos tiran sin ninguna contemplación. Solo se oían gemidos de dolor, ruido de botas, gritos y órdenes. A mí me separan. Tenían bronca acumulada por no haber podido detenerme en Paso de los Toros, cuando llevaron a mi compañero. Me llevan a lo que ellos mismos llaman *Sala de ablande*.

Caigo porque habló PírizBudes[26], que estaba en el grupo nuestro, habló y dijo dónde estoy, el lugar, todo. Él no era compañero mío, era uno que integró la organización, después se supo que era

26 Mario Arquímedes PírizBudes fue un militante del MLN-T, acusado de colaborar con el aparato represivo. Ver más en *Fugas: historias de hombres libres en cautiverio*, de Samuel Blixen, Ediciones Trilce, 2004.

infiltrado, no sé si desde el principio, eso no lo sé, lo que sé es que a él le dieron la libertad en un momento muy difícil. Además me llevaron delante de él, mientras nosotros estábamos hechos mierda él estaba en la cama con colchón y habló todo, todo, viste cuando decía fulano de tal el día tal al mediodía comió tal cosa, yo decía no puede ser, me están inventando, pero era cierto, con todo detalle, no solamente que habló sino que también lo escribió. Todo escrito porque además a mí me mostraron todo con el desprecio que los milicos me mostraban las cosas, porque ellos siempre decían «*Sos una rata, estas para lavar las medias a los jefes, y vos me vas a decir que no vas a hablar…*».

Hay que entender que en el interior se conocen todos, el cura, el comandante, el comisario, el maestro, el albañil, el carpintero, el médico. Con la reciente orden de la barbarie, me pusieron las esposas hacia atrás. Estaba con las piernas abiertas, totalmente desnuda, encapuchada y con algodón en los ojos. De allí para adelante, todo lo que se puedan imaginar, es poco. Pierdo el conocimiento. Nunca supe cuál fue la gravedad. Lo que sé es que me trajeron a Montevideo, al Hospital Militar. Alguien me ve, y me vuelven a sacar, para llevarme al cuartel N° 14 de Camino

Maldonado. Allí el tiempo que estoy de plantón, encapuchada y esposada, era como un trofeo para ellos. A cada rato venía alguien a verme. Cañera, tupamara, clandestina y pobre.

Me llevaron nuevamente a Durazno. Cuando llegué, empezó el mismo *«tratamiento»,* como lo llaman ellos. Me sigo sintiendo muy mal. No sé qué pasó en el ínterin, pero me doy cuenta que estoy en algo que simula una cama, y escucho que alguien le dice a los oficiales que estoy mal. Había perdido un embarazo. Cuando se van, un soldado me dice que el que me vio es un médico, y dio la orden que me recuperen. Me pusieron una pastilla en la boca, que me hicieron tragar obligada. En realidad, nunca supe qué era lo que me daban. No quiero dar detalles de todo lo que me hicieron.

Del mismo lugar que saliste vos

El primer deber del esclavo es sublevarse;
el primer deber del soldado, desertar.
Anónimo
Proclama escrita en las paredes de varias ciudades italianas para exhortar a la sublevación en 1874.

Durante una noche entera me pusieron en la caballeriza encapuchada y de plantón. Seguramente no tenían lugar, por la caída de otros compañeros. Ahí me pasó algo rarísimo, sentí que recuperaba las fuerzas con el calor de los animales, que me daban calor cuando me recostaba. Pensaba *«Que suerte que estoy acá»,* ahí estaba esposada tratando de recostarme para sentirme viva con el calor de los caballos.

Hubo cosas de los milicos que yo debo decir. Una noche en Durazno formaron a toda la tropa y vino el oficial y dijo «*Uno por uno va y la viola*» y yo estaba ahí y una piensa «*Que me trague la tierra, que me dé un infarto, que me desmaye*», cuantas veces una quiere desmayarse pero no puede. De repente un milico dice «Y*o no la voy a violar porque mi madre es mujer y mi hermana es mujer, yo no lo voy a hacer».* Empezó ese milico y todos después se negaron, ahí tuvieron un lío interno de película. Se daban los tales líos. Hablando con ellos yo les decía «*Yo salí del mismo lugar donde saliste vos, yo no tengo estudios, salí del mismo lugar que vos».* Me contaron después, los mismos soldados, que fueron sancionados y enviados a otros lugares, por no acatar órdenes.

Es imposible describir la vulnerabilidad que uno siente frente a esa situación. Perdí totalmente la noción del día y la noche. Hasta que hicieron el recambio de los soldados, siempre tuve alguno que me comentaba algo. Por ejemplo, uno de ellos me nombró al médico compañero Peralta, y me dijo que él no cree que el doctor Peralta sea malo, porque siempre atendió a sus hijos sin cobrar nada. Esto me daba pie para explicar por qué luchábamos y eso me hacía sentir viva. La capucha, la máquina, el interrogatorio, siempre tienen

el objetivo de que el preso pierda su identidad, que se sienta que no es nadie, que el mundo no existe. Sin embargo, se lucha por la vida. Cuando una cree que llegó hasta el final, siempre hay algo nuevo que viene a sorprender.

Otra vez que estaban dándole a todo el mundo, entre ellos me estaban dando también a mí, me acuerdo que un milico vino y me dijo «*Esperápará un poquito*» y me metió un pedazo de chocolate por abajo y me dijo «*Comelo, comé eso que es un pedazo de chocolate que por lo menos te va a dar un poco de energía…*» y me empezó a hacer masajes, entonces sentía que todavía seguía viva que había alguien ahí que te hacía sentir que estabas viva. Eso pasó, yo lo viví con los milicos rasos, por supuesto después cambiaron todo, cambiaron por los «boinas verdes».

«Veremos si sois valiente cuando llegue vuestro día»

Recuerdo una noche en el cuartel de Durazno, el Capitán Núñez, que dijo ser mi pariente y llevó a su hijo, un niño que tendría entre ocho y diez años, y lo hizo que me salude. El niño no entendía nada. Mientras, él decía que estaba orgulloso de mí y otros disparates. De repente, se le escapa un tiro a alguien y el niño llorando pide que lo saquen. En realidad, era yo la que pedía para mis adentros que esto se terminara.

No sé cuánto tiempo había pasado, cuando un día me llevaron, siempre esposada y encapuchada, a una pieza donde me dicen que está el juez, que me va a tomar declaraciones. Joven e idealista, pensé que por fin se había terminado el calvario. Entro, me sacan la capucha y veo a alguien de

particular que dice ser el juez, y me pregunta qué tengo para declarar. Empiezo denunciando todo lo que le estaban haciendo a las compañeras y compañeros y lo que estoy pasando yo. Además, denuncio lo que hizo una jauría de integrantes de Inteligencia y Enlace de la Jefatura de Montevideo, que una noche llegaron para violar a jóvenes mujeres y torturaron sin contemplaciones, con la participación de los oficiales del propio cuartel. Cuando termino la denuncia, el señor de particular, que era el Coronel Silva Ledesma, se enoja y empieza a insultarme. A los gritos, ordena que me saquen y nuevamente vuelvo a lo mismo.

Una noche, vienen los oficiales y me dicen que todavía no me tocó lo peor, que ya voy a ver y se van. Acto seguido, vienen los soldados a buscarme y en el trayecto me dicen «*Para cantar, petisita, solo tango para nosotros*». El que me iba a interrogar, andaba recorriendo cuarteles y podía hacer lo que se le antojaba, era Gavazzo. Me mete en una pieza, de un tirón me arranca la capucha y me caigo hacia atrás. Tiene una mueca en la cara. Solo con verlo se me aflojan las piernas, pero mi cuerpo no demostraba el terror que me causaba. Se presenta como Nino Gavazzo, me dice que lo mire bien a la cara, que somos enemigos. Yo lo miro a la cara y empieza a golpearme en el

estómago, en las mamas, enfurecido. Comienza a nombrar a los que él considera mis jefes. Me dice que han aceptado todo, que tiene comprobada por escrito mi participación, tanto sindical como con los tupamaros. En ese momento, siento que no tengo nada para decir. Como no contesto, levanta mis manos y me dice que todavía no me han arrancado las uñas, como han hecho con otros compañeros y compañeras. Creo que en esos momentos tan difíciles, más de uno desea la muerte. Uno se pregunta cuántas cosas más quedan para torturar.

Cuando me llevan al calabozo nuevamente, los soldados me dan ánimos. Al otro día me dicen que me higienice, y me sacan para un baño. Había un espejo grande, me miro la figura y no me reconozco. Me toco, no puedo creer, era como una calavera que me miraba. Recordé cómo era antes que me apresaran como algo muy lejano. Aquí no había ni día, ni noche, no había invierno, no había verano. Rodeada siempre de las mismas bestias, vestía siempre la misma ropa, encerada por la sangre y la mugre. Me lavé como pude, me toqué no sé para qué, mi figura no cambiaba. Me sacaron, no sin antes amenazarme con todo lo que me van a hacer.

Llego a Flores, me llevan frente al Comandante

sin capucha. Este milico de rango me dice que estoy desmejorada y que si me porto bien voy a tener otro trato. De ahí, me llevan encapuchada para un galpón, donde los calabozos eran de alfalfa y hervían de gusanos. Estaba lleno de compañeras y compañeros. Con algunos crucé algunas palabras. Esto duró unos días, hasta que una mañana me llevaron para una pieza, donde alguien se presentó como el juez Molinelli. Más tarde supe que era el capitán Líber Molinelli, quien había participado de las torturas hacia mí en el cuartel de Durazno. Comienza justificando que él no tenía nada que ver con lo que me habían hecho, que solo venía a tomarme declaraciones y que me iban a llevar a donde estaban las compañeras sin capucha. Así fue. Me llevan al lugar donde estaban las compañeras que leían y hacían manualidades. Recuerdo la tristeza infinita en las caras de aquellas jóvenes, que habían creído en la utopía y que, seguramente, seguían soñando con un mundo mejor. Llegué cargando mi mochila. Empezamos a intercambiar pocas palabras, algunas lecturas, alguna manualidad. Eran charlas superficiales, ninguna podía apresurar el tiempo de la otra. Nunca hablamos de lo que nos hicieron, ni una palabra. Cada una cargaba con su dolor y su tristeza. Las compañeras me dieron todo para

bañarme. Ya nos conocíamos, muchas eran del departamento de Durazno y habían sido apresadas ahí.

No hay peores torturas que ver cuando lo hacen con otros, y que después de estar unos días con tus compañeras, volver a sentirte viva y humana, te vuelvan a sacar. De verdad, la vida que un día te perteneció, ya no te pertenece. Una mañana, me llama la comandancia, veo que son oficiales. Solamente la llamada hace que la adrenalina recorra mi cuerpo y quede en tensión. Me preguntan cómo estoy y por qué sigo con la misma postura. Sin mediar palabras, dicen que tienen que llevarme, que a mi compañero lo tienen en el cuartel colgado de los testículos, que seguramente lo quiera ayudar. Dejan que vuelva con las compañeras, es una manera de crear terror. Les cuento y me despido. Vienen a llevarme y me encapuchan antes de subir al vehículo. Me siento en el aire, desamparada, sin saber adónde voy. No tenía de mi cuerpo más que la vida para perder. En el camino me bajan «en el medio de la nada», me paran y engatillan las armas. Se burlan, se ríen, hacen chistes y dicen que me van a matar. Yo, tiesa, sin moverme, espero. Alguien da la orden de que me vuelvan al vehículo.

Me llevaron a Flores, a Colonia, de ahí a

Durazno, a Mercedes, en Mercedes estuve con Luisa Cuesta en el cuartel de paso, estuve porque a Luisa la tenían ahí con toda la gente y yo tuve un problema con los milicos porque quise agarrar algo para cambiarme y no tenía nada y les dije que eran unos rapiñeros, de todo. Me llevaron a la casilla de los perros, entonces como la casilla de los perros estaba cerca del casino de los oficiales, estando ahí escucho la voz de la compañera que tenía a mi hija Sonia. Y yo pensaba que pasará y grite, «*Yo estoy viva y estoy acá me tienen acá en la casilla de los perros*» y ella oyó que yo decía «*Soy fulana de tal, estoy acá y estoy viva*» porque ella no sabían si estaba viva o muerta y mi hija se acuerda de eso porque ella estaba ahí, buscándome.

De ahí nos reúnen junto a otras compañeras. Nunca mi memoria registró ni fecha ni día cuando llegamos a la cárcel de Paso de los Toros. Sí recuerdo, y lo fui fijando en el tiempo, quienes fueron los responsables de mi detención, en el Cuartel de Caballería N° 2: General Pedro Galarza; Teniente Coronel Curuchet; Mayor Pérez; Capitán Líber Morinelli; Capitán Núñez. También los Tenientes Julio Morinelli, Oscar Pereira, Saravia, González, Rodríguez, Rigamonte, Caetano y Ramírez. Y los médicos que estuvieron en ese cuartel: Juan José Navarro y Julio Cesar Rossi.

En el cuartel de Paso de los Toros fue donde apresaron a mi compañero y a los demás del grupo al que pertenecía. Llegamos y me entregaron a los otros oficiales, entre ellos el *Gepe* González, quien se suicidó hace unos años, y el *Pillín* Rodríguez, que fue encontrado muerto en su domicilio, también hace un tiempo. El trato siempre fue el mismo, con dos particularidades.

Un día de una fiesta patria, los guardias que estaban encargados de mí, me ofrecen bañarme. Yo no entendía, ¿qué autorización tenían de hacerlo? Yo sabía bien claro, y ellos también, que si los agarraban iban presos sin miramientos. Dijeron que no les importaba y me trajeron ropa interior, que nunca supe si era de alguna compañera, de su casa o de su señora.

Otro día la particularidad fue que una noche cuando dos oficiales me sacan, me llevan a orillas de un arroyo, me dicen que me van a atar una piedra en el cuello y me van a fondear, que voy a desaparecer para siempre, sin que nadie lo sepa. Años después, me entero que aparece fondeado con piedras y alambre, cerca de ese campo, dentro de la Región N°3, Tito Gomensoro[27], mutilado y torturado hasta la muerte.

---

27 Roberto GomensoroJosman nació en Montevideo, era integrante del Movimiento de Independientes 26 de Marzo. Fue

El Comandante tuvo también el tupé de llevarme frente a él, sentarme, ofrecerme café y preguntar cuántos maridos tenía cada una. Entre tantas cosas, nos llamó prostitutas. Me dice que no me quiere ahí, que no soy presa de ese cuartel, que me van a llevar, pero no me dice a dónde. Además, me dice que adonde me llevan voy a ver cómo me tratan todos, en tono de amenaza. A los pocos días, me trasladan al cuartel de Colonia. Al llegar, como era costumbre, los oficiales pasan a reconocerme, a manosearme. Fui derecho a un calabozo, sin capucha. Había una perra adiestrada en la puerta, que me custodiaba. Con el menor movimiento se ponía nerviosa, le decían «Laica». Todos los días le hablaba, pero la respuesta era mostrarme los dientes. En ese cuartel me llevaban a bañarme con agua fría, con dos perros que me vigilaban y la puerta abierta. Debo confesar que la mayoría de las veces, me daba apenas una lavadita. No podía gritar por el miedo a que me saltaran los perros y con el agua fría no aguantaba. Tenía la experiencia del cuartel de Flores, cuando a un soldado se le escapó un perro y nos salvamos porque cerramos la puerta a tiempo.

---

detenido en su domicilio en Montevideo el 12/03/1973.Pocos días después, su cadáver, con evidentes señales de haber sido torturado, apareció flotando en el lago de la represa de Rincón del Bonete.

Traté de pasar el tiempo inventando algo, hablando con las hormigas, las arañas, cantando. Es así, que un día arriba de la tarima, vichando por la pequeña apertura canto:

Oficial, oficial
tenés tanta gallardía
veremos si sois valiente
cuando llegue vuestro día.[28]

No llegué a terminar que ya me habían bajado y no de la mejor manera. A los pocos días, voy junto a las compañeras que están presas en ese cuartel. Había mujeres de distintos departamentos. El abrazo, el cariño de siempre, presente. Me proporcionan todo para que parezca una linda persona, fundamentalmente, la alegría del reencuentro. Así transcurrían nuestras vidas, interrumpidas por la formación a la bandera, que teníamos que hacer todas las mañanas.

---

28 Fragmento de la canción *Canción de soldados* también conocida como *Dicen que la patria es* del cantautor español Chicho Sánchez Ferlosio. Versionada entre otros por Ricardo Alarcón y Quilapayún.

No creo en muchos de los que imparten justicia

La Justicia de la clase burguesa fue nuevamente como una red que permitió escapar a los tiburones voraces atrapando únicamente a las pequeñas sardinas
Contra la pena capital (1918)
Rosa Luxemburgo (1871-1919)

A mí me pusieron en un momento con una compañera Esther Uribasterra que era clandestina y la había pasado mal. Empezamos con esta compañera una vida de conocimiento pero no hablamos de la tortura, apenas algún chispazo de esta. Un día me dice, como distraída, «Gavazzo me tuvo colgada por los senos», quedé en silencio, escuchando pero no dijo más nada.

Esta querida compañera era maestra y tenía una manía: empezaba a cantar y por un mes era la misma melodía hasta que le decía «*Me tenes paspada, cambiá porque se te rayó el disco*», siempre a las risas, «*Dame otra así cambio*» y así lo hacía. Cuando nos sacaban al recreo había una hermosa quinta y algunos árboles de naranjo, nos sacaban esposadas y nosotras intentábamos siempre ir para ese lado, para comer alguna hoja de lechuga –siempre dependía del soldado– ese día fue una naranja.

Después de la media hora llegamos al calabozo, teníamos la naranja para repartir en iguales mitades, pero me dice Esther que va a dibujar en ella el mapamundi así aprendo donde están los países más cercanos a Uruguay. Así fue que empezó con sus clases sacrificando el apetito por la naranja. Aprendí mucho de esta compañera.

La mayoría de las veces las clases se interrumpían por los oficiales, pero las dos teníamos perseverancia.

Un día la compañera me dice que ve solo mosquitas, me dice *«Tiene que ser la presión»* que tiene antecedentes de eso, más de una vez se quejó de lo mismo. Luego en la cárcel pedía seguido que le controlaran la presión y llegaba a marcar 26/18.

Lamentablemente, esta entrañable compañera

murió al poco tiempo de salir en libertad, su presión y la secuela de lo vivido en las mazmorras del régimen fueron la causa de su muerte. A esta querida compañera le debo mucho de lo que aprendí por sus valores, su tenacidad y su rebeldía.

Nos ponían dos o tres días juntas y nos separaban, entonces eso… y el hablar no era el hablar abierto porque no sabías si tenían micrófonos, si te estaban escuchando, además te tenían en la picota, y vos todo bien pero no sabes hasta cuándo aguantas. Ahí con Esther pudimos intercambiar, ella pudo decirme algunas cosas, me contó cómo había caído ella y poco más.

De las torturas no hablábamos, nunca. Yo estuve en la cárcel de Paso de los Toros y en la cárcel de Punta de Rieles, ahí nunca hablamos de las torturas. Pienso que fue una forma de protegernos también.

Yo estuve en la cárcel de Paso de los Toros que poco se conoce, un lugar donde ellos hicieron lo que quisieron porque es una cárcel totalmente aislada, ni siquiera los compañeros sabían que existía esa cárcel. No se sabía. Ahí estaba la región N° 3 donde mutilaron a Gomensoro, donde apareció muerto y hasta hoy está tapado el tema ese. La región esa era la que estaba a cargo de nuestras vidas.

Ya en la cárcel de Paso de los Toros con todas las compañeras, era como renacer a la vida con el cariño, las anécdotas, los chistes, estábamos todas juntas pero por poco tiempo. Al día siguiente de llegar nos formaron y nos clasificaron entre buenas, recuperables y malas, irrecuperables, siempre utilizando el criterio de ellos. Todas estábamos por haber luchado por un mundo más justo, unas más comprometidas que otras, algunas con más militancia, unas éramos clandestinas y fugadas.

En esa cárcel opresora, donde estábamos hacinadas, por falta de atención médica murió Raquel Cuñet[29]. El médico de la cárcel era Efraín Zamosqui desde 1972 hasta fin de setiembre de 1977, responsable de la salud de las que estábamos ahí. La muerte de esta compañera, nacida en Paysandú, joven madre, maestra, fue por falta de atención médica. Raquel llevaba casi un año pasado los cuatro años de pena que le habían impuesto sin que le dieran la libertad. Raquel, tus compañeras no te olvidan.

En ese pequeño campo de concentración intenté seguir estudiando con otras compañeras y dos maestras. Nunca me gustó la historia de dos o

29 Raquel Cuñet era militante del MLN-T.

tres siglos para atrás. Nunca la entendí aunque las compañeras pusieran todo su empeño.

Cuando podía estudiaba geografía y matemáticas y ponía todo de mí para aprender. A la otra compañera que estudiaba conmigo le gustaba la historia y quería convencerme de que me interesara por ese estudio.

En muchos momentos la pasamos bien, sin olvidar que estábamos en las manos del enemigo. Hacíamos chistes, muchas veces de nosotras mismas. Pero esta compañera siempre tuvo un dejo de dolor. Cuando ella estaba presa en Flores, le dicjeron que habían puesto a su hijo en un horno y que le prendieron fuego y la llevaron para que viera las llamas. En realidad no habían quemado a su hijo pero el impacto psíquico fue tan terrible en ella que las consecuencias le duraron toda la vida, quedó muy mal. A pesar de ello siempre tuvo su fuerza para ir contra el enemigo. La recuerdo y siento un profundo orgullo por ella.

La creatividad dentro de esas paredes era increíble. Una vez hicimos una obra de teatro, a escondidas porque no estaba permitido. A una compañera le tocaba hacer de hombre y le colocamos un bigote hecho con lana negra. Estábamos representando la obra cuando una milica llama a esta compañera y ella se presenta pero se

olvida que tenía el bigote puesto. La milica armó tremendo escándalo y ahí terminó la obra.

También se hacían manualidades, poemas, cartas, que, en su mayoría quedaban en la comandancia.

Los niños representaban el aire de inocencia que nos llegaba desde afuera. En un momento, a dos de nosotras, nos dijeron que a nuestras hijas no las dejaban entrar más porque ya tenían diez años y permanecer dentro del sector las podría perjudicar. Luego que el comandante Simeone nos dijo esto nos abrazamos con la compañera, algunas lágrimas, pero enseguida a fortalecernos porque debíamos seguir adelante si queríamos salir vivas de ahí dentro.

Mi hija iba muy espaciado, no tenía familiares que me visitaran. Cuando liberaron a mi hermano del Penal de Libertad me fue a ver, pero cuando salió de la visita lo llevaron a la Región N° 3, como advertencia, al igual que a tantos compañeros y compañeras que todas las semanas sufrían allanamientos y tenían que presentarse semanalmente en el cuartel. Para él fue muy difícil salir adelante con la persecución que sufrió.

Esta cárcel, desconocida para la historia del pasado reciente, que con sorpresa nos dimos cuenta que no figuraba en los libros de historia, que hubo

una cárcel sin que la mayoría de los uruguayos supiera que existía, hasta los propios compañeros lo ignoraban.

El Establecimiento Militar de Reclusión N° 1 femenino de Paso de los Toros pertenece a la Región Militar del Norte y abarca los departamentos de Artigas, Salto, Paysandú, Río Negro, Tacuarembó y Rivera.

Cada región es asiento de una división del Ejército que se enumera acorde a la región militar a la que pertenece.

Tanto la sede de la Región Militar N° 3 y la cárcel femenina de reclusión se encuentra en la ciudad de Paso de los Toros, en su calle principal.

Esta cárcel se construyó en principio para presos comunes de alta peligrosidad y luego fue destinada para la reclusión de las presas políticas que se encontraban en distintos cuarteles y cárceles del interior del país.

Allí se concentró a todas las presas procesadas por la «justicia militar».

Fue inaugurada el 19 de diciembre de 1972, funcionó como tal hasta el 30 de setiembre de 1977, fecha en que fuimos trasladadas al establecimiento de reclusión militar N° 2 de Punta de Rieles.

Sin embargo, ese centro no se cerró y pasa a

ser, junto al Batallón de Infantería N° 1 y N° 2 y a la Escuela de Armas y Servicios del kilómetro 14 de Montevideo, los dos centros más usados y conocidos para la retención de detenidas que obtienen la libertad o son expulsadas al exterior del país.

Es la cárcel de mayor represión y aislamiento. Fue hecha especialmente para eso, con paredes grises aceradas, que dejaban filtrar el agua y en verano era imposible el calor por el hacinamiento y lo estrecho de las celdas.

En nuestro sector el recreo se componía de un pequeñísimo patio donde solo podían caminar dos personas y las otras teníamos que permanecer sentadas. Terminábamos más tullidas de lo que estábamos en la celda. Las requisas eran periódicas, hechas por milicas femeninas y masculinos, con participación de los jerarcas de la región que la mayoría de las veces terminaban con el interrogatorio de alguna de nosotras. Por esta cárcel pasaron los Comandantes Maurente, que venía de Mercedes, Juan de Dios Erosa y Simeone.

El aislamiento llevaba a mayor represión. La alimentación la ponían en tanques de gasoil, sin lavar, y era incomible. Sacábamos los pedazos de carne y los lavábamos para poderlos comer.

En las visitas se notaba la ausencia de los

familiares, más de uno de estos familiares deambulaba por varios lugares para ver a sus seres queridos que se encontraban distantes unos de otros. Los familiares que estaban más cerca de la cárcel eran los que aseguraban los paquetes que eran nuestros pocos sustentos confiables.

Seguramente teníamos milicas asignadas a perseguirnos y desgastarnos. La sargenta Ramos tenía un seguimiento especial a mi hija y a mí, nos destrataba permanentemente con un odio descomunal. Era difícil bancar todo lo adicional que ponía cada una de las milicas, que, por ser mujeres, conocían donde pegarnos mejor y eso era a nuestros hijos.

Una tardecita me llaman a la comandancia. Solo esta palabra hacía encoger el estómago y temblar las piernas, todo el organismo se ponía a la defensiva. Allí voy y veo a alguien desconocido para mí, de la región militar no era y de la comandancia tampoco. Me hacen pasar y sentado desde su silla, mirándome, se presenta como Martin Gutiérrez, psiquiatra. Para ese entonces me habían diagnosticado sífilis congénita, enfermedad que, cuando recuperé la libertad, no se comprobó que la tuviera. Este diagnóstico lo trabajaron muy bien internamente por su connotación social negativa. Hoy, frente a otras

enfermedades como el sida, la sífilis ha quedado más desapercibida.

Este psiquiatra empezó a hacerme preguntas de todo tipo, desde cómo dormía, hasta como era mi relacionamiento con mis compañeras. Me aconsejaba que precisaba atención, que yo tenía para muchos años y encima estaba enferma. Por momentos me preguntaba sobre cómo se estaba actuando afuera y sobre el funcionamiento interno.

Cuando me dejó hablar le dije que estaba muy bien, que no entendía para qué estaba ahí y por qué me había llamado. Entonces cambió la actitud, se puso muy agresivo, se paró y dijo que, seguramente, más adelante me vería porque lo iba a necesitar. No le respondí. Llamó al soldado y me regresaron al sector. Luego llamó a otras compañeras

Todas las semanas aparecían todos los jerarcas de ahí a sacar a determinada compañera, a hacernos preguntas sobre la vida interna y sobre algunos compañeros nuestros que eran apresados, fue un desgaste terrible.

Punta de Rieles

(...) Otros esperan que resistas,
que les ayude tu alegría,
que les ayude tu canción,
entre sus canciones (...)
Palabras para Julia (1969)
Paco Ibañez

Cuando nos trasladaron al Penal de Punta de Rieles yo estaba internada por lo que me enteré el día que me dieron el alta.

Al llegar ahí me recibió el *Pajarito* Silveira, quién, con sorna, me dice una sarta de disparates, entre ellos me amenaza diciéndome que voy a vivir la diferencia por ser tupa y que se me había acabado la tranquilidad; me dice que me va a llamar cada tanto para charlar. Me pasan a médico, aun cuando venía del Hospital Militar, y me

hacen tacto genital, lo que era una debilidad de los milicos, siempre pasábamos por ese inmundo manoseo.

El encargado de sanidad en el penal era Nelson Marabotto y estaba también Rosa Marsicano[30]. Me hicieron una serie de preguntas como si yo viniera del mundo exterior y pudiera haber tenido contacto con algún compañero.

De ahí me pasaron al aislamiento, por largas horas. Era la amansadora, como lo llamábamos los presos. Este lugar de aislamiento estaba bastante separado del otro sector donde las milicas desarrollaban sus charlas intimidatorias, llenas de odio y rencor.

Cuando llegué al Penal ya me habían sacado el corsé de yeso y me habían puesto otro ortopédico. Para sacarme el de yeso me llevaron a una sala en el mismo hospital y me pararon entre dos varillas de hierro. Apareció un tipo con una sierra, le pregunto con susto qué va a hacer y me contesta que no se pregunta, que él cumple órdenes y empieza

30 Los médicos Nelson Marabotto y Rosa Marsicano eran responsables de la atención médica en el Penal de Punta de Rieles. Ambos colaboraron estrechamente con las políticas represivas allí aplicadas, entre otras cosas controlando el estado de salud de las presas torturadas, con el fin de que se pudieran continuar los apremios. Debido a la denuncia de un grupo de ex-presas que estuvieron recluidas en el Penal de Punta de Rieles, ambos fueron expulsados del Sindicato Médico del Uruguay.

a cortar sintiendo yo el calor que despedía la máquina. Cuando terminó suspiré de alivio.

Aquel campo de concentración era un paisaje hermoso lleno de pasto verde y de animales, que a propósito había llevado el señor feudal Barrabino[31], con los teros que cuidaban sus nidos. La barraca estaba bastante separada de este edificio de ladrillo a la vista que seguía, parecido a un colegio de monjas, lo que fue en sus inicios. Para sorpresa de quien lo construyó, tenía a su hija también ahí. Los calabozos de aislamiento estaban alejados y desde afuera eran hermosos chalecitos.

En ese mundo estábamos con mis compañeras, todas vestidas de gris con el número blanco y negro, con el bolsillo de la camisa con color según el sector en que nos ubicaban. Durante años las compañeras eran los familiares más cercanos.

Cuando llego me llevan arrastrándome de los brazos, subiendo las escaleras, y me dejan en una celda del sector B calificado como de «peligrosas». Mi recibimiento fue genial. Existía la orden de no pasar de una celda a otra y estaba prohibido hablarnos y llamarnos por los nombres (solo por los números). Pero cuando llegué todas

---

31 Coronel Julio Barrabino, director del Establecimiento Militar N°2 de Punta de Rieles en ese momento.

mis compañeras me saludaron desde sus celdas, preguntándome cómo estaba, mis compañeras de celda me abrazaban.

Las milicas permanecían atrás de las rejas y la guardia nos cuidaba día y noche pero las compañeras pasaban a escondidas, aunque cuando nos descubrían nos sancionaban. Para nosotras era imprescindible el intercambio, para nuestro funcionamiento interno.

Estábamos asignadas a diversos sectores. Había un hermoso piso de parquet, de la construcción original, que nos obligaban a encerar y lustrar, y yo, que venía del hormigón andaba *como chancho en mosaico*, me resbalaba a cada rato.

Todas las actividades eran obligatorias. Cuando llego al penal las compañeras tenían orden de trabajar en la quinta, pero al poco tiempo vino una orden de no sacarnos más para ahí. La comida era la que comía la tropa, los oficiales tenían un menú aparte.

A diferencia con la cárcel de Paso de los Toros, a cada sector le tocaba un día diferente la visita con sus familiares.

En Punta de Rieles la represión fue permanente y mucho más sofisticada. Ahí dejaron morir a más de una compañera, por falta de atención o llevándola hasta la locura[32]. Todo lo hacían para

32 Un caso que ejemplifica esto es el de Norma Cedrés,

despersonalizarnos, para que perdiéramos nuestra propia identidad. El obligarnos a llamarnos por el número era una manera de hacerlo, pero nunca lo cumplimos.

En la noche no nos dejaban descansar, golpeaban permanentemente sobre las rejas con el tolete o aplastaban bolsas de nylon para que

---

militante del PCU. Detenida en Punta de Rieles, sufre profundas depresiones, lo cual es utilizado por las fuerzas represivas. Según testimonio de Gloria Lablanca de Pirri «(…). Le daban medicamentos antialucinógenos, es cierto, pero se le mantenía en un calabozo de castigo siendo tratada en forma muy hostil; los oficiales entraban por la noche a interrogarla. (...). Norma había intentado suicidarse anteriormente colgándose de los cables de la luz del baño. Yo logré que soltaran los cables y fue ahí que decidieron darle "asistencia médica", pero por la noche era trasladada a un calabozo (...). No solo hubo omisión de asistencia, sino premeditación, y que se utilizó el conocimiento científico para destruir a la compañera (...). El 1° de diciembre de 1977 demañana, estaba muy mal, hablamos y le dije que la iba a ayudar otra vez a salir del paso. Quedamos en que cuando volviera de odontología íbamos a caminar y conversar. Esa mañana se colgó de la cadena de la ventanita del baño. Las compañeras la sacaron con vida y fue internada en el Hospital Militar. No supimos más de Norma. El 21 de diciembre me internaron en el Hospital Militar y pensamos que tal vez la encontraría allí, que no hubiera muerto. Si, estaba allí, en estado de vida vegetativa y se hallaba cubierta de tubos. Entonces ocurrió lo más brutal, creo, que viví estando presa: se instaló en la sala de detenidos el Juzgado Militar y, estando como testigos los enfermeros, le dieron la libertad, fijándose como residencia el Hospital Saint Bois. Yo no podía parar de llorar, era demasiado. El 16 de enero de 1978 el corazón de Norma dejó de latir (...)»

estuviéramos en constante vigilia. Las marchas militares eran permanentes y a todo volumen y más de una vez en la noche. Las requisas eran sorpresivas, sacándonos por cualquier cosa al plantón. Nosotras habíamos inventado el sentón y ordenaban levantarnos y no obedecíamos, por lo que siempre quedaba alguna por el camino sancionada. Luego volvíamos al sector y entrábamos a la celda; es imposible describir las condiciones en que quedaban las pertenencias. Entreveraban la yerba con el azúcar, mojaban las camas, rompían las fotos, las cartas. Nosotras nos sentábamos a arreglarlo todo y hacíamos chistes.

Seguramente en todos los campos de concentración la destrucción de la cultura era un objetivo primordial. Ahí en el Penal hicieron fogatas quemando libros elegidos a criterio de ellos. Muchas veces se salvaron títulos porque la tapa no decía nada. Siempre estábamos alerta a cualquier movimiento adentro y afuera del sector.

A Barrabino le decíamos el "señor feudal", iba siempre con una fusta golpeándose las botas. Era capaz de hacer las barbaries más grandes. Cuando recorría siempre quedaba alguna de nosotras sancionada además de algún milico. Él fue el que inventó el zoológico del penal llevando animales para los alrededores de la cárcel. Un día llevó a

sus hijos adolescentes a practicar tiro a la cárcel, con unas figuras a las que le llamaba comunistas y tupamaros.

El «señor feudal» entraba a caballo hasta el calabozo. En una recorrida mandó matar a los pichones de un pájaro que nosotras habíamos cuidado amorosamente. Habían hecho nido en una esquina de la celda y cuando salieron los pichones hacíamos ruido de alguna manera para que no se escuchara desde afuera el piar de las crías. Ellos nos trajeron un poco de vida desde afuera. Los padres de los pichones quedaron desconcertados con la muerte de sus pichones y se posaron sobre el reloj que estaba a la salida del comedor, donde contábamos los segundos, los minutos y los días que nos quedaban por cumplir la pena. Parecía increíble que estuvieran ahí, como si fuera un reloj cucú. Las milicas no pudieron agarrarlos para cumplir la orden de matarlos también a ellos y los dejaron salir. Ojala estos animalitos, con tanto corazón, hayan tenido la suerte de hacer nido en otro lugar fuera de la cárcel para tener sus pichones libres.

Atravesé todos los años de dictadura en la cárcel, pero siempre nos sorprendían. Una mañana llega el señor feudal con su mujer. Esta señora entra al celdario y se resbala y se cae. Las milicas

que la acompañaban la quieren ayudar y Barrabino da la orden de que no la ayuden, que se levante sola.

Cuando voy recordando a la distancia, se me anuda la garganta con lo que nos hacían a cada una de nosotras, pero mucho más con el recuerdo de mis compañeras que hoy no están. Ese Penal quedó regado con lágrimas y sangre de las hijas de este pueblo que quisieron un mundo sin hambre y con derechos para todos.

El *Pajarito* Silveira[33], hoy preso en la *cárcel VIP,* no por los delitos que cometió que fueron considerados como delitos comunes, sino que fue uno de tantos responsables de las graves violaciones a los derechos humanos, ejecutores de crímenes de lesa humanidad.

Este milico fue el que cuando entraron las delegaciones de la Cruz Roja, decidió cambiarnos a otros lugares para que no nos vieran mejor. Por mi problema de salud me ponen en la barraca, apenas

---

33 Coronel retirado Jorge *Pajarito* Silveira, actualmente procesado con prisión en la cárcel de Domingo Arena, por la desaparición de María Claudia García Iruretagoyena de Gelman y por el «segundo vuelo de la muerte». Fue integrante del Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversivas (OCOA) y es reconocido por decenas de ex presos y presas políticos como torturador y especialmente por aplicar tortura sexual a los prisioneros.

unos días, y luego me vuelven al sector, siempre con amenazas. Nosotras como presas, con algunas excepciones, dábamos la lucha contra la represión. Cuando nos enterábamos de esas visitas, nos preparábamos para denunciar todas las torturas físicas y psicológicas, las muertes, el robo de niños, los compañeros que estaban muy mal, o las compañeras que habían sido trasladadas a otro Penal. Esto era muy costoso porque siempre alguna de las compañeras iba a parar a la comandancia y de ahí al calabozo.

En esos lugares adoptamos formas de comunicarnos, una era a los gritos con las compañeras de otros sectores y en el calabozo con golpes en la pared. Las cárceles fueron un campo de lucha permanente donde pasábamos horas discutiendo, sin que se enteraran los milicos, acerca de qué actitud adoptar frente a las acciones del enemigo.

Las visitas eran un tema muy sensible que supieron trabajar muy bien para dañarnos. Se realizaban a través de un vidrio y se hablaba por un teléfono. Muchas veces, al llegar a la sala de visitas, y ya viendo a los familiares a través del vidrio, nos decían que no teníamos visitas sin ninguna explicación, una forma de aplicar sus políticas destructivas.

Durante muchos años no vi a mi madre. Mi

padre murió y me enteré muchos años después. Una vez, en una visita especial, antes de trasladarnos a Jefatura, llevan a mi madre a la visita. La soldado que me conducía me hace pasar a una piecita y hay una señora que no es mi madre, sino la de otra compañera. Le digo a la soldado y la señora también le dice que yo no soy su hija. La soldado nos dice que es una orden y que no va a haber cambio. Todo estaba calculado.

Cuando veo a mi madre en la visita, es un saludo, no sabíamos qué decir, nos sorprendimos de vernos, y finaliza el primer encuentro luego de casi quince años de no vernos.

Recuerdo que en una visita mi hija me dice «*Mami, hoy hace diez años que estás presa, que nos separaron*». Un frío recorrió mi cuerpo, mis piernas se aflojaron: no había tomado conciencia del tiempo en la cana. No se habla de tiempo de preso, es una forma de protegernos, salvo cuando se iba alguna compañera.

Debo decir que mi hija, como muchos hijos, fue perseguida y amenazada. A ella le tocó cuando estaba trabajando en una fábrica, donde le dijeron que la echaban porque era hija de tupamaros. Antes en el liceo, en el año 1980, también recibió amenazas.

En la cárcel, la sargento Ramos nos hizo una

persecución constante. La sargento era de la cárcel de Paso de los Toros. Yo pienso que cada una tenía designada una sargenta para atormentarnos especialmente. No solo a mí, sino a mi hija. La maltrataba cuando iba a visitarme, la manoseaba. Incluso mi hija me cuenta cuando yo salgo, todo lo que vivió con esa milica, que la seguía insultando cuando salía de ahí. En mi caso, yo era de las más carenciadas, entonces yo pienso si ella se imaginaría que me hacía sentir menos, que nos desvalorizaba a mí y a mi hija. Porque a las otras compañeras, que tenían otra posición económica y social, no las trataba así. Yo pienso que la tipa sabía mi historia, y pensó que con eso me liquidaba. Y lo mismo con mi hija.

Cuando estaban por trasladarnos a Jefatura nos dieron una visita especial a todo el sector. Habíamos preparado una letra de murga y antes de terminar la visita nos largamos a cantar «*Hoy aquí y mañana no sabemos, pero en el lugar que estemos iremos a levantar la bandera de confianza en un futuro y una patria liberada, libre, libre, libre...*».Las milicas y los milicos quedaron tan sorprendidos que los gritos y las órdenes no alcanzaron, sabíamos que quedábamos sancionadas pero valió la pena.

Una vez decidimos y nos organizamos para

tirar las tapias de las ventanas, en un mismo día y en todos los sectores. Estas tapias no nos permitían ver ni nos llegaba la luz del sol ni el aire. Esto fue en los tiempos finales de estar en Punta de Rieles.

Para todo nos organizábamos, teníamos turnos para bañarnos, lo que hacíamos siempre en grupos y rápido para que el agua caliente alcanzara para el máximo de compañeras. Las prioridades eran quienes tenían visita. En la despensa íbamos turnándonos por equipos para que alcanzara la alimentación que traían las familias para todos. También hacíamos manualidades, en mi caso era para ayudar a mi hija, cuando lograba pasar las requisas. En los cumpleaños había un ritual, siempre se hacía un regalo a la compañera. Conservo en mi poder poemas, libros de canciones, carteras y un hueso labrado donde estaba mi padre cortando caña, así como otros «chuchumeques» como les decíamos. Todo esto me llevé conmigo cuando me liberaron, sin que los represores pudieran quitármelo.

Hasta poco tiempo antes de llevarnos a Jefatura seguían demostrando el poder, se llevaron a dos compañeras de mi sector a los cuarteles y sabían que eso también nos afectaba a todas. Quedábamos en «la maquina» hasta que volvieran y

las pudiéramos ver en las condiciones físicas y psíquicas en que llegaban.

Igual nunca dejamos de hacer chistes, de reírnos de nosotras mismas, de escribir poemas, de cantar a viva voz, de estar alerta respecto de todos los sectores, los calabozos, la barraca. Sabíamos que algún día se terminarían aquellas fiestas con mujeres de vestidos largos, entrando al predio de la cárcel en buenos coches o en hermosos caballos, se terminaría la piscina que habían hecho para divertirse. Hacían fiestas adentro del Penal, tenían piscina, por todo eso nosotras le decíamos el «Señor feudal» a Barrabino. Fue denunciado por los estudiantes porque daba clases en el Liceo N° 14. Ese tipo organizó como un zoológico ahí adentro, lo fabuloso es que los sábados y domingos hacían fiestas, venían las mujeres vestidas de fiesta. Nosotras vichábamos por los agujeritos. Y esa es una de las cosas que yo quiero contar, cómo dentro de la cárcel pasaban este tipo de cosas. Es una manera de demostrar poder: acá yo las tengo presas pero además hago una fiesta, llevo a mis hijos y les enseñó a tirar.

Se hace imposible transmitir todo. En Durazno en el primer momento, los milicos tenían tal despiste, que no sabían qué hacer. Por ejemplo, venía uno y decía que pintara una ventana de negro,

venía el otro y decía despinte esa ventana. Entonces al principio, yo no entendía nada. Estaba lloviendo, y decían «*¡Soldado, salga a barrer!*», y no entendíamos, después entendimos la lógica del adiestramiento hasta entre ellos mismos. Eso fue antes del 9 de febrero, después se acabó la «buena vida». Incluso milicos que eran buena gente fueron sacados. Me acuerdo de un soldado que me llevo una ropa, me dijo que me bañara, que me refrescara. Y me había traído ropa de su mujer. Esas cosas en el primer momento pasaron mucho.

El Hospital Militar

La pared está llena de fechas que cargo
zozobrante piezas de la fatiga final, desnuda,
que gritan y que son peores testigos de algo que
ni mis lágrimas borrarían.
Preparar la próxima hora | Poemas de la última
cárcel (1964-1965)
Roque Dalton (1935-1975)

En aquel arbolado edificio, con su fachada para 8 de Octubre y varias entradas para vehículos, está el Hospital Militar. Fue quizás uno de los lugares más tenebrosos de la dictadura. Allí, en los dos celdarios divididos por un corredor con guardia que nos custodiaba, se escuchaba permanentemente el quejido y el dolor de los compañeros y compañeras que estaban más vulnerables.

La política carcelaria de este hospital no

dependía de las mismas personas que comandaban los establecimientos de reclusión, salvo en toques personales. Esa política carcelaria era toda una opción deliberada del régimen, desarrollada por los altos mandos militares y estaba sustentada en la teoría y técnicas que fueron aplicadas en otras cárceles políticas y campos de concentración nazis. Nunca podía ser un lugar de rehabilitación porque trabajaban física y psíquicamente a todos los niveles, aún en el campo social entre los compañeros y el pueblo. Aquí se aplicaba el experimento humano, usando técnicas científicas sobre cada uno de nosotros, buscando la destrucción de la persona.

A mí me tocó la más dura, ver cómo dejaban morir a compañeros y compañeras. Recuerdo a una compañera, cuando dejaron entrar a su compañero y a sus hijos a verla, la dignidad mostrada en sus últimos momentos. No olvido a la doctora Iribarne que llegaba a la celda con frialdad y deshumanización. Quiso encapuchar a una compañera con una bolsa de nylon para que no llorara su muerte, pero no lo hizo porque protestamos.

Una mañana me llevaban a sacarme una placa, y estaba abierta la celda del compañero Wasem Alaniz[34]. Sin mediar palabra me tiré hacia el

---

34 Sobre la historia de Adolfo Wasem Alaniz ver *Adolfo*

compañero y pude darle un último abrazo. Este compañero en principio se comunicaba con nosotros por las rejas del baño, pasaba papelitos escritos, poemas, mensajes, de los que aún atesoro algunos. Hasta que pudo se comunicó de esta forma, después fue con golpes en la pared, como nos comunicábamos entre nosotras en el Penal. Un día sentimos el rugir impresionante de una parte de nuestro pueblo pidiendo su libertad. Ahí las milicas y milicos se pusieron muy nerviosos y cerraron todas las ventanas, pues ya no les brindaban seguridad la cantidad de rejas que había. Pero un día no pudo comunicarse más. A este compañero lo trataron por años por contracturas y lo que tenía era cáncer. Su último deseo era poder morir libre, pero no permitieron que eso sucediera aun cuando sabían que su muerte era segura.

Los compañeros que ellos consideraban muy peligrosos no eran aceptados en los celdarios del Hospital Militar. Eran, además de presos políticos, una peste para los demás. Los aislaban, pensaban que contagiaba su ideología más allá de la enfermedad que tuvieran.

Cuando estaba internada vi al compañero Mas

Wasem. El Tupamaro. Un puñado de cartas. Selección de Sonia Mosquera. Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo. 2006.

Mas[35]: lo trataban diferente, cuando pedía que lo dejaran ir al baño o que le dieran los medicamentos, en su lugar le daban palos. A este joven compañero lo enloquecieron, se comprobó que le daban la medicación cambiada, para que enloqueciera más rápido y se precipitara su muerte. Él les mostraba su rebeldía, sus insultos, hacia quienes con la tortura más sofisticada querían enloquecer a todos.

Una de las tantas veces que estuve internada, con una infección, me pusieron junto a una compañera que estaba muy mal psicológicamente. Esta compañera, en su delirio, se tiró sobre mi cuello y me empezó a apretar, dejándome sin poder respirar hasta que logré zafar y gritar e insultar a los milicos que no hacían nada.

Viví en ese hospital lo más difícil: ver llegar a compañeros y compañeras torturados desde los cuarteles sin saber luego adonde los llevaban. Viví intentos de suicidio, de compañeras muy jóvenes que se sentían culpables o que preferían morir antes de ceder frente al enemigo. Viví la angustia, la impotencia de no poder dar más que una mano, una palabra, un cariño. Recuerdo a

35 Antonio Mas, *El Gallego Mas Mas*, emigró con su familia desde su Mallorca natal en 1952. Pertenecía al MLN-T.

Clarisa Bonilla[36], una de las primeras compañeras que murió muy joven, con una frescura inocente, en una de las internaciones. Viví como enloquecieron a Mabelita Araujo[37], compañera que se suicidó luego cuando recuperó la libertad, y a la compañera Gladys Yáñez[38], que dejaron morir.

El dolor sacude muy fuerte, pero siempre hay que reponerse, es una ley inevitable para sobrevivir. Siempre dijeron ellos que se equivocaron, que tenían que habernos matado a todos.

Habían pasado ocho años de prisión cuando una noche vienen y me dicen que me aprontara porque la mañana siguiente salgo. Todas quedamos «en la máquina», pregunto a dónde voy, aunque ya sabía la respuesta «Ya se va a enterar, 499», me contesta el sargento.

Al otro día me meten en un vehículo cerrado y me bajan con un soldado de cada lado que me sujetaban de los brazos, me sacan la capucha y subo una escalinata. Cuando miro estaban muchos

---

36 María Clarisa Bonilla Umpiérrez, militante del MLN – Tupamaros, detenida el 3 de mayo de 1974, y muerta en prisión en el Hospital Central de las Fuerzas Armadas el 28 de abril de 1976 a los 24 años.

37 Se refiere a Mabel Araújo, presa política que, luego de salir de la cárcel se suicidó.

38 Gladys Elena Yáñez Rijo, militante de la UJC, detenida el 4 de setiembre de 1978, y muerta en prisión en el Hospital Central de las Fuerzas Armadas el 12 de setiembre de 1980 a los 33 años.

compañeros y compañeras, algunos conocidos y otros que no conocía. Estaba la prensa extranjera que querían saber por los presos con nacionalidad de otros países. Detrás de una gran mesa, con sillones señoriales, estaban los fantoches, algunos conocidos como Silva Ledesma[39], y otros milicos a los que pese a las medallas y los botones, no conocía.

Éramos muchos los presos. Cuando empezaron a leer la sentencia vamos sacando nuestras propias conclusiones. A mi expediente le pusieron la mayoría de los otros expedientes de compañeros presos y compañeros que estaban libres y que yo ni los conocía ni había militado con ellos. Así fue que leyeron la sentencia de cada uno. A mí me pusieron 25 años y 10 años, y un montón de delitos, secuestros, robos. Eso te impacta un poco, pensar en 35 años. Además, en mi expediente metieron gente que andaba medio cerca de la zona donde yo andaba, pero con los que yo nunca había estado. Compañeros que yo nunca había visto. Ellos habían caído por otras cosas, inclusive

39 El Coronel Federico Silva Ledesma fue Presidente del Supremo Tribunal Militar, durante la dictadura. Este era el órgano encargado de juzgar a los presos políticos. También integró el primer y segundo Consejo de Estado. En democracia expresó su apoyo público a los reconocidos torturadores José Gavazzo, Jorge Silveira, Manuel Cordero y Hugo Campos Hermida.

gente que estaba libre. Si nos hubieran llevado por lo que decían, algunos compañeros todavía estarían en cana. Finalmente nos preguntan, «¿Qué tienen para decir?». Yo hablo y me cuesta el calabozo. Digo que yo no creo que el pueblo vaya a permitir que nos hagan todo eso, que nos tengan todos esos años. Un compañero toma la palabra y hace un alegato político, más que nada para que la prensa lo supiera y lo difundiera en el mundo. Luego fue un caos, nos abrazábamos, nos dimos ánimo, hicimos chistes, sabiendo que esto tenía un costo.

En los últimos tiempos había agarrado la defensa de mi causa la querida y humana Graciela Borrat[40]. Un día, a la tardecita, me sacan para hacerme un estudio muy delicado donde me inyectan un líquido en la médula. Esto fue a raíz de que se me inflamó un hombro y la mano. Las compañeras que sabían de medicina me explicaron que era algo delicado por lo que tenía que hacerme ese estudio. Me trasladaron dentro de un operativo de extrema seguridad, al llegar había mucha gente solidaria que se había reunido para darme aliento. Esto molestó a los oficiales y me empezaron a insultar. Me agarran cada uno de un brazo y me

---

40 Graciela Borrat, fue una abogada uruguaya, defensora de ex presos políticos y luchadora por los derechos humanos.

hacen volar por el aire. Yo les gritaba que no podían tratarme así que iba para un estudio médico. Me llevan bajo coacciones y llego ante el médico en un clima de gran tensión. El médico igual me hace el estudio aunque no estaba en condiciones, y me dicen que no puedo pararme ni sentarme por veinticuatro horas. Las circunstancias en que se hizo el estudio me provocan vómitos y vértigo y así me llevan arrastrando hacia el celdario del Hospital Militar.

Poco tiempo después de ese estudio me vuelven a llevar al Hospital Militar, donde hacen un ateneo. Era una habitación bien amoblada, había milicos de alto rango y otros vestidos de médicos. También estaba Graciela Borras, mi abogada, era 10 de octubre de 1984. Graciela me explica lo que ellos quieren decirme y me dice que firme un documento al que me negué.

Lo que he planteado es la política carcelaria aplicada en las cárceles uruguayas a presas y presos políticos. No se limitó a la privación de libertad, sino que fue una suma de privaciones, sometimiento a fríos, déficit alimentario, malas condiciones higiénicas, mantenernos en espacios reducidos, sin movilidad, privados del sueño o alterándonos constantemente las condiciones, además de todas las demás situaciones que he relatado.

Pero cuando un compañero o una compañera se moría, ¡qué triste y vacío quedaba ese lugar en cada una de nosotras! Nos abrazábamos para sellar ese lapso de dolor y lucha.

Cuando llegó el día en que nos trasladan a Jefatura, donde nos quedaba un paso para la libertad, llevamos con nosotras a las compañeras que dejaron en ese campo de concentración su libertad, sus ideales, su vida. Dejamos atrás ese tiempo en que estábamos pendientes de las visitas, de los familiares quienes, incansablemente, recorrieron todos esos años los diferentes lugares siendo manoseados y maltratados. ¡Cuántas veces esos viejitos queridos, esos hijos añorados, tuvieron que volver con lluvia o con un sol abrasador sin ver a sus seres queridos, volviendo por ese camino con el corazón apretado por la angustia! A todos nuestros familiares gracias por darnos tanto amor, tanto cariño. Qué hubiera sido de nosotras si no los hubiésemos tenido, con su apoyo incondicional a quienes permanecimos ahí encerrados por tantos años.

Llegamos al cuarto piso de Jefatura. En esa cárcel de tanto trajinar a veces daba la impresión que era una ciudad entre esas paredes, con muchos abrir y cerrar rejas me venían recuerdos de catorce años atrás, cuando por primera vez dejaba

el aire, el sol, el río, el canto de los pájaros, mi gente, cuando me detuvieron por primera vez, soy la misma y soy otra. Al poco rato de estar en ese piso cae como del cielo una notita dándonos la bienvenida desde los pisos de arriba, los presos comunes se hacían presente. Qué alegría, otros seres humanos que no eran milicos, nos daban la bienvenida. Ahí cambió el régimen, todo era más amable, podíamos tener radio, no sabíamos si para informarnos o para dejarnos en la máquina, se discutía nuestra libertad. Nos ponía muy nerviosas el saber que otros te están juzgando y decidiendo sobre tu persona. Nos pusieron en celdas y a mí me tocó con una compañera con la que nos pusimos de acuerdo en no escuchar más noticias políticas y sí solo música. Ahí quedábamos solamente las que ellos consideraban las pesadas, las peligrosas. Los familiares llevaban mucha comida casera porque habían permitido la entrada y nos pudimos sacar las ganas de tantos años de privaciones, pero siempre compartíamos con los presos comunes los que luego se daban maña para agradecernos.

En ese lugar tenían presos a algunos compañeros que habían caído con Seregni[41], se sorpren-

---

41 Gral. Líber Seregni (1916-2004). Militar y político, fundador del Frente Amplio y primer candidato presidencial de esa fuerza

dían mucho cuando llegaba la visita y nosotros, sin autorización, le dábamos un beso o un abrazo.

Los días se hacían muy largos, los familiares nos mantenían al tanto de la situación de afuera. Habíamos vivido el plebiscito del ochenta en Punta de Rieles festejando de la manera que pudimos. Vivimos ese rugir de nuestro pueblo, la venida de los niños del exilio, el regreso de cada artista, pero lo que más vivimos fue la salida de Seregni.

A partir del año 1980, y a pesar de que esos cuatro años siguientes fueron muy ricos en acontecimientos, el pensar en la libertad igual provocaba una especie de miedo a lo que se aproximaba, hasta que llegó el 10 de marzo de 1985, el día tan esperado que dijeron que nos íbamos. Y así fue que me vi sentada con otras compañeras en aquella camioneta, con aquellos milicos que querían ser amables…

Todo eso está denunciado, yo públicamente denuncié siempre, cómo no creo en muchos de los que imparten justicia. En un momento dije más vale seguir hablando para que la gente sepa

---

política. Fue preso político de la dictadura entre el 27 de junio de 1973 (Día del golpe de Estado) hasta noviembre de 1974, luego es nuevamente encarcelado en enero de 1976 y permanece preso hasta el 19 de marzo de 1984.

qué fue lo que pasó y no dejar el expediente enterrado ahí.

Públicamente siempre explique todo. Cuando vino Pablo de Greiff[42] acá hicieron un videíto que pasó al mundo, era más pero para mí fue fuerte, tuve llamadas hasta de Europa de gente que ya ni sé quién es que me llamaba para darme un abrazo. Siempre que pude denuncié todo y seguiré denunciando, tenemos nuestros compañeros desaparecidos, tenemos compañeros que los mataron al lado nuestro, no podemos olvidar. Mientras vivamos tenemos que seguir peleándola hasta que podamos y cuando no podamos yo tengo mis nietos y mi hija.

Siempre les dije: nosotros, va a llegar un momento en que no estemos pero ustedes sí y tienen que saber esta historia, acá faltan compañeros. Nosotros todavía tenemos que saber la verdad de esto, no puede ser, ni la impunidad ni el olvido.

---

42 Primer Relator Especial de Naciones Unidas sobre la promoción de la verdad, la justicia, la reparación y las garantías de no repetición, invitado por el gobierno uruguayo realiza una visita al país entre el 30 de setiembre y el 4 de octubre de 2013, con el objetivo de examinar las medidas de justicia de transición. En su informe final señala las importantes dificultades para avanzar en verdad, justicia y reparación a las víctimas. Ver informe completo en http://www.onu.org.uy/files/Declaracion_de_Prensa_Uruguay_-_final.pdf

Aquel diez de marzo me pareció eterno

Lo dulce es llegar a alguna parte,
aunque sea al fin de la desesperación.
Jean Anouilh (1910-1987) | El gran libro de las frases célebres (2013) Arturo Ortega.

Antes de bajarnos dijimos todas *«Esta noche a la plaza Libertad, para pedir por los compañeros y las compañeras, que con su criterio, los dejaron por tener delito de sangre*[43]». Miraba ese otro

---

43 Liberación de presas y presos políticos: el 10 de marzo de 1985 se produce una liberación masiva, luego de la aprobación de la ley 15.737 que en su artículo 1° establece «Decrétase la amnistía de todos los delitos políticos, comunes y militares conexos con estos, cometidos a partir del 1º de enero de 1962». Cientos de personas se concentraron en la ruta que conecta el Penal de Libertad y en la calle San José, a las puertas de Je-

mundo con inquietud, hacía muchos años que no pertenecía y no sabía el daño que había causado el terrorismo de Estado. Cuando llegamos, todos los compañeros se abalanzaban para saludarnos. Me esperaba mi hermano. La verdad que no sabía por dónde empezar. Sentada al frente de aquellas caras sonrientes, con muchos colores y niños haciendo bullicio, expresé mi preocupación por los compañeros y compañeras que aún quedaban presos, y además, les recordé que a las diecinueve horas teníamos que estar todos en la Plaza Libertad. Mientras quedara un solo compañero preso, no podríamos sentirnos felices. Quería ver a mi hija, que había ido a esperar al padre al Penal de Libertad. Sabía que mi compañero había salido el veintiocho de febrero, con el decreto del electo presidente Sanguinetti, pero todavía no lo había visto. Esa tardecita, una compañera de la cooperativa se ofrece a llevarme en auto al acto, con tanta mala suerte, que un niño se tira adelante del mismo. En realidad me enteré de eso después, porque los compañeros, sin mediar palabra, me sacaron rápidamente para que yo no tuviera que andar en trámites. Por suerte no pasó nada, ya estábamos cerca. Mientras seguimos caminando, veo en una

---

fatura, esperando la liberación de sus familiares, compañeros y compañeras.

esquina al *Pajarito* Silveira, lo identifico y les digo a los compañeros quién es. Cuando llegamos, la Plaza estaba llena de caras sonrientes. Para mí era el renacer de una nueva vida. No sé cómo me designan para hablar en ese borbollón, ¡qué responsabilidad! Ese día, esa noche, vivirá en mi recuerdo de por vida. Sé que hay una compañera que tiene en su poder ese discurso, todavía no lo he podido leer, pero sí recuerdo que marqué mi compromiso con mis compañeros que ya no están y con la gente de mi pueblo. Esa misma noche, Viglietti me hizo un reportaje, y al otro día la prensa extranjera, otros reportajes más. Pero lo que llevo en mi corazón, con una emoción muy especial, es la bandera del Sindicato de los Cañeros, un grupo de maestros de Treinta y Tres la atesoraron durante toda la dictadura, sabiendo el riesgo que corría su libertad si la encontraban.

Aquel diez de marzo me pareció eterno. Durante los cuatros días que pasaron, liberaron a los demás compañeros y compañeras. Pasaban muchas cosas, muchos encuentros, entre ellos, con mi hija y con mi compañero. Parecía que nunca nos habíamos separado. Sin embargo, habían pasado trece largos y duros años. Cada uno de nosotros fue asimilando lo que habíamos vivido.

Lucharla para vivir

Agua roja que me brota
de las venas rotas
sangre que me falta
Agua | El tiempo esta después (1989)
Fernando Cabrera (1955)

Cuando salí de la cárcel no milité orgánicamente, había que encontrar laburo e integrarse a la sociedad. Te puedo decir que después de salir personalmente me llevó diez años adaptarme porque no conocía a la gente ni a nada de lo que me rodeaba, no conocía a mi gente, a mi familia, tenía un abismo. Yo pensaba una cosa y ellos otra, porque nos llevó la vida a dos cosas diferentes entonces ellos tuvieron que lucharla para subsistir y yo tuve que lucharla para vivir.

Salí con mis compañeras, todas mis compañeras

son mi familia, sin el apoyo de ellas para sobrevivir no era posible. Estuve trece años de corrido, más un año que había estado antes, toda mi juventud estuvo ahí sin conocimiento de nada, no tenía visita por las condiciones de mi familia que no podían pagarse el pasaje. Así que sobreviví con mis compañeras.

A Punta de Rieles me llevaron a fines de 1977 y estuve hasta 1985, ocho años. Cuando salgo lo primero que hago es reencontrarme con mi compañero, no nos conocíamos, habían pasado trece años. Él había tenido su experiencia que yo no conocía porque nunca habíamos tenido contacto y yo había tenido la mía. A pesar de los años habíamos salido con un pensamiento igual de cómo teníamos que asentarnos en esta sociedad. Entonces nosotros no teníamos casa, no teníamos nada.

Cuando nosotros salimos se hizo un acto y en ese acto me encuentro con un hijo de un cañero que vino a la marcha cuando era chiquito, me dice «*Vos no me conocés porque yo era chiquito pero vine con mi padre en una marcha, nosotros con mi compañera tenemos un apartamento y quiero ofrecerte para que vos vengas a vivir con nosotros*». Y nos fuimos con mi compañero con estos gurises a Carlos María Ramírez y San Quintín. Ellos, unos gurises muy bien y nosotros con 39

años unos veteranos de guerra, con mucho cansancio y con temas para hablar nuestros. Ellos todos los días traían a sus amigos para que nosotros les diéramos charla y les contáramos, entonces un día les dijimos que teníamos que ver, que teníamos que trabajar y resolver temas. A Mirella y a Elbio le damos un eterno agradecimiento, por la experiencia que vivimos juntos y por su solidaridad y compromiso. Teníamos el aire, el sol, el tiempo, pero había que ubicarse en una sociedad desconocida para nosotros, con generaciones diferentes. Había pasado una dictadura feroz, todo era novedad. Cuando nos llevaron presos los hombres no se besaban, no había complejos de vivienda que parecían palomares. No tenía noción de la distancia, sentía que los ómnibus se me venían encima. Salíamos para un lugar, e íbamos a parar a otro totalmente diferente. Un día tomo un taxi, iba distraída mirando para afuera y el taximetrista me dice «*Usted, ¿es una liberada política?*», «*Sí*», le contesto. «*Ya me parecía*». Cuando llego al destino y voy a pagarle, me dice que no le debo nada «*Yo le debo a usted*».

Mi compañero empezó a trabajar el día siguiente de salir, como carpintero en la Casa del Liberado en la calle Cebollatí. Yo empecé a hacer manualidades para una *boutique*. Pasaba sola y encerrada, sentía que mi vida de presa, en ese

sentido, no había cambiado mucho, hasta que entré en el SES (Servicio Económico y Social de Conventuales), ahí empecé a trabajar con otras compañeras, que poco sabían de lo que había pasado en las cárceles, con las que fui creando una excelente relación que dura para siempre.

Al poco tiempo quedo embarazada. De entrada me dicen que el nacimiento va a ser por cesárea. Nuestra hija murió a los veinte días de nacer. Ninguno de los médicos, pediatras y ginecólogos, se da cuenta que nace con una cardiopatía congénita. En la sala, me agarro estafilococo dorado, y no me separan de nuestra hija. Lo más impresionante fue la médica que me recibe en el CASMU (Centro Asistencial del Sindicato Médico del Uruguay), que me dijo «*Bueno, una cosa más para todo lo que usted ha vivido, no pasa nada*». Le respondo con bronca que bastante hemos vivido como para sumar el dolor de perder un hijo. Esta señora no tiene idea lo que le dijo a una expresa política. Por suerte con mi compañero, después de todo lo que sufrimos, supimos salir de los pozos juntos. Sola no hubiera podido. Ninguno de los dos solos hubiera podido salir adelante.

Pasamos de todo, pero fue el golpe más duro estando libres.

Un manto de mentira

Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan solo lo que he visto.
Y he visto:
que la cuna del hombre la mecen con cuentos,
que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos,
que el llanto del hombre lo taponan con cuentos,
que los huesos del hombre los entierran con cuentos,
y que el miedo del hombre...
ha inventado todos los cuentos.
Yo no sé muchas cosas, es verdad,
pero me han dormido con todos los cuentos...
y sé todos los cuentos.
Sé todos los cuentos
León Felipe (1884-1968)

Dormimos en el piso por mucho tiempo, mientras

mi compañero levantaba la casa y trabajamos para comer. Agradezco la solidaridad de quienes nos ayudaron con materiales y a mi cuñado por poner su fuerza de trabajo. Así, en medio de la dinámica de la vida, nos vamos enterando a través de los familiares, de cuántos compañeros y compañeras están desaparecidas. Nosotros, por la incomunicación en las cárceles, no sabíamos con exactitud.

Con todo esto, llega la lucha por el voto verde. Yo estaba convencida que nuestro pueblo no podía admitir la impunidad de los criminales, por eso, cuando perdimos el referéndum del voto verde, lloré esa noche todo lo que no lloré en las cárceles. ¿Cómo podía ser que los mayores terroristas, por crímenes horrendos, raptos y tráfico de niños, mujeres violadas, hombres torturados, quedaran libres? Y esto no era solamente por nosotros, sino por todo lo que había pasado nuestro pueblo.

Lo primero que hicimos fue ir a la Plaza con las Madres y después el voto verde... ahí sí que me agarré una calentura.

Hubo un momento en la cárcel que yo no pude llorar más, nunca más lloré, podía morirse mengano o sultano y yo no podía llorar. Esa noche del voto verde le decía a Jorge *«No es mi pueblo, no se puede perdonar»,* no me entraba.

Al otro día de perder el voto verde me voy a

SERPAJ sola, le digo a uno de los abogados jóvenes que estaba ahí «*Quiero ver que se puede hacer respecto a lo que pasó, ¿por qué no van presos estos?*». Él me contesta «*Lo que pasa que sola no podés hacer nada, si se juntan todos vemos cómo podemos hacer*». Todo era a impulso de bronca, no podía creer eso, no me entraba, porque realmente no es del pueblo mío, lo que nosotros dejamos y lo que te encontrás. Después vas entendiendo toda la parte política y eso, pero bueno, así empezamos a meternos nosotros.

Todo había cambiado. Supieron meter el miedo y el terror y lo seguían haciendo, desconociendo lo que había sido la tortura en todos los centros de detención. Querían silenciar por unos buenos años la verdad de lo sucedido, y lo lograron. Nunca tuvimos prensa, menos las mujeres. Poco se habló de las once rehenes, mientras se derramaba mucha tinta sobre algunos compañeros. En la mesa redonda donde participé, quedé sorprendida del desconocimiento. Allí las cárceles del interior no existían, y tampoco para la historia reciente. Quienes estuvimos presas en Paso de los Toros, fuimos a plantearle el tema a Álvaro Rico. Mientras contaba lo que había pasado, observaba la sorpresa. Tuvieron que aparecer los cuerpos mutilados, para que supieran

que estábamos planteando la pura verdad, la verdad oculta.

Todos los compañeros desaparecidos, primero fueron presos políticos que pasaron por la tortura, como todos nosotros. A ellos los desaparecieron, nosotros tuvimos suerte y vivimos para hacer memoria, llevar la verdad y pedir justicia.

La violencia institucionalizada no conoció fronteras. Los represores compartieron, no solo la información, sino también los métodos de tortura, de desapariciones, de muerte, de apropiación de niños, de violación de las mujeres como objeto sexual. Ese es el Plan Cóndor, cuya consecuencia, aún hoy, la seguimos sufriendo. Para mí, fue muy duro.

La ley de caducidad, la ley inconstitucional, porque los delitos que cometieron los terroristas de Estado son imprescriptibles e inamnistiables y de lesa humanidad. Igual esta ley los cobijó, y los cobija en un manto de mentira. He luchado por los derechos que nos corresponden, todos estos años. Adónde voy, en dónde estoy, planteo la situación de los compañeros, las compañeras y los niños. Hoy, a treinta años, seguimos pidiendo por ellos. ¿Será que los centros de torturas, como fueron todos los cuarteles, las cárceles, los centros clandestinos, quedarán en el olvido? Todavía no

se han transformado en espacios de memoria, recuperación de la verdad y verdaderos modelos de enseñanza en derechos humanos, para las nuevas generaciones. Basta de confundir con los dos demonios. En este país hubo gente que luchó con la utopía de que la riqueza fuera repartida entre los que dejan su vida cinchando para obtener el pan cada día; y otros, que aplicaron la barbarie desde el poder que les da el Estado, contra quienes pensábamos diferente. Usaron todos los métodos para destruir a quienes se oponían, para defender a los que acumulan las grandes riquezas y deciden qué hay que hacer y cómo. No olvidemos la Escuela de las Américas, no olvidemos que acá la dictadura fue cívico militar, y que bajo el marco de la Doctrina de Seguridad Nacional y el Plan Cóndor, se cometieron los más horrendos crímenes. No puede ser que no aparezca mi historia clínica, cuando estuve diecisiete veces internada en el celdario del Hospital Militar, y que además, manden soldados a mi casa para firmar la negativa de lo que me corresponde. Por supuesto que me negué a firmar, como lo hice estando presa.

Queremos saber la verdad de lo que pasó con nuestros compañeros detenidos y desaparecidos. Queremos saber de los niños, ya hombres y mujeres, que fueron robados, a quienes les sacaron su

identidad y no aparecen. Queremos que se aclaren las crueldades que cometieron, las violaciones que sufrimos, las muertes de jóvenes mujeres, las torturas, los asesinatos. Queremos que el Estado investigue todo lo sucedido. No pararemos, por memoria, verdad y justicia.

Después que salí de la cárcel recién vi a mi familia pasado mucho tiempo. Me llevaron los curas conventuales y era una desconocida. El tiempo hacía que tuviéramos experiencias diferentes. Ya no estaba mi padre, y se notaba la ausencia. Mi hija se fue a Bella Unión a vivir. Fuimos separadas por la distancia, ni ella ni yo teníamos medios para viajar. Hace poco tiempo, empecé una relación profunda con ella. Eso sí, nunca quiso abandonar, ni irse a otros países, como le ofrecieron.

Cuando no estemos, seguirán nuestros hijos, nuestros nietos y la parte del pueblo que siempre estuvo con nosotros.

Los jóvenes han ido perdiendo el miedo

Somos los que encendimos el amor para que dure,
para que sobreviva a toda soledad.
Hemos quemado el miedo, hemos mirado frente a frente al dolor
antes de merecer esta esperanza.
Hemos abierto las ventanas para darle mil rostros
Madrugada en Velorio del solo (1961)
Juan Gelman (1930-2014)

Primero trabajé con los Conventuales en barrios a nivel social con un equipo y a los sindicatos muchas veces planteaba testimonio de lo que había vivido. Para que la gente conociera qué pasó, a mí me llevaron a una charla a la Asociación

Cristiana y empezamos así pero no había mucha gente que hablara de esos temas. En esa mesa me preguntaban de qué cárcel hablaba, algunos decían que acá no había habido cárcel. Quedaba como herida, no entendía, no puede ser que esta gente no sepa que hubo cárcel, que en todos los cuarteles se torturó, que hay desaparecidos. Así empecé.

Después fuimos al interior con el tema de los Fusilados de Soca, fuimos a Tacuarembó, Artigas, Bella Unión.

El trabajo social que hice con los Conventuales creo que fue muy bueno porque me permitió llegar a mucha gente que no es con la que estamos todos los días, muchos jóvenes y a los pescadores.

Crysol[44] aparece después, como cooperativa para solucionar el tema de trabajo a los compañeros, planteando el tema de la «Reparación integral» en el año 2000 cuando se funda.

Con mi hija y mis nietos la relación actual es

---

44 Crysol, es la Asociación de Expres@spolític@s de Uruguay. Se funda el 21 de junio del año 2000. Su objetivo es representar a las y a los expresos políticos de la dictadura en las comisiones para implementar de las leyes reparatorias: a) Comisión Especial de la Ley N° 18.033 en el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (MTSS) y b) Comisión Especial de la Ley N° 18.596 en el Ministerio de Educación y Cultura (MEC). Dirección: Joaquín Requena 1533 - Montevideo.

excelente, me acompañan a todos lados. Mi nieta es militante y mis nietos también lo hacen. Costó con mi hija, tuvimos que hablar muy bien el sentirse abandonada, ella lo planteó, yo le expliqué que si la situación fuera la misma yo haría lo mismo y ella lotenía que saber. Pasó tiempo y un día me dijo que me entendía, le dolió tanto pero me entendió. Entonces tuvimos discusiones pero no mal, siempre una relación buena.

Tanto mi hija como mi yerno y los nietos son sobreprotectores, siempre tienen terror que nos pase algo a cualquiera de los dos, ¿dónde van?, ¿a qué hora venís?

Ese miedo de que te pase nuevamente algo, y nosotros les decimos «*Mirá que no es a nosotros ahora, es a ustedes*», nosotros estamos viejos ahora son ustedes los jóvenes. Ustedes tienen que saber eso.

Con respecto al Frente, la primera vez que ganó Tabaré ustedes saben lo que fue eso, la ilusión. Ahora vamos a entendernos, vivimos en un país capitalista, no podemos pretender más de lo que hacen, para pretender más tienen que romper muchas cosas pero no están dispuestos.

Vos hablás de izquierda, yo digo que son progresistas, la izquierda no sé…al menos para mí, el concepto que tengo yo de izquierda.

Los jóvenes de hoy se sitúan en su momento histórico, la historia de hoy no es la que vivimos nosotros. Ayer le decía a mi nieta «*Cuando militaba tu abuela, caminábamos kilómetros y kilómetros porque no teníamos ni moto, ni para pagar el ómnibus y no teníamos celular, hoy a cada rato me estás llamando*».

Acá hay mucho joven que trabaja por la memoria y que trabaja por un cambio y acá hay mucha propaganda en contra de los jóvenes, porque no quieren que los jóvenes hagan eso. Ese es el tema, quieren achacar a la juventud diciendo que están para la droga, para el bailongo, para el chupe y no sé qué, entonces es lo que quieren hacer ver de los jóvenes. Acá hay muchos que trabajan y trabajan muy bien.

Nosotros vemos jóvenes que trabajan para ganarse su espacio, militan por sus derechos y aportan para las transformaciones colectivas.

Sin crear falsas expectativas de que mañana vamos a tener un cambio divino, bárbaro porque no es así. Esto va a costar y costar mucho, pero los jóvenes lo van a vivir y van a ser protagonistas de esos cambios. Por eso creo que los más fichados no somos los expresos, son los jóvenes, los que mañana van a estar en la cosa.

Hace un tiempo estuve en una mesa redonda

en una Facultad, con toda la gurisada tirada en el piso, y escuchaba las inquietudes de los gurises y a veces tienen las cosas mucho más claras que nosotros.

Creo que ahora los jóvenes han ido perdiendo el miedo, cuando la pérdida del voto rosado hubo un crac y empezaron a aparecer jóvenes por todos lados.

Voy con la historia

Que si el pasado es un campo,
yo voy a ararlo
sin vara, buey, ni caballo.
Con estas manos nomás.
Que si el pasado es un campo | El lapsus del jinete ciego (2016)
Gabo Ferro (1965)

He resuelto dejar mi verdad ordenada, para que sepan qué pasó en este país, mi país. Para que sepan quiénes intervinieron en esta historia, en esos años. He contado algo, pero no todo.

Cuento con el apoyo incondicional de mi compañero, con quien he compartido esta verdad. Verdad de dolor, de sueño, de utopía, de un mundo mejor.

No vivo mirando para atrás, pero voy con la

historia. He luchado, lucho y lucharé, para mantener valores y derechos hacia adelante, cosas que a otros avergüenza. Pienso que solamente haciendo justicia, se podrá enfrentar el futuro, para una juventud que pide cambios y verdades. La memoria colectiva es parte de la cultura de mi pueblo.

Este testimonio fue hecho con dolor pero también con alegría de poder hacer público lo que tanto costo tuvo en mi vida. En él van documentos que doy a conocer a la opinión pública después de treinta años de haber sido liberada. Está hecho fundamentalmente para las nuevas generaciones, para que al leerlo sepan que aquí, en este país, hubo horrores cometidos por las Fuerzas Armadas y los civiles de turno que acompañaron la masacre y por supuesto que nada tienen que ver las nuevas generaciones de la Policía ni de las Fuerzas Armadas.

En cambio, quienes cometieron todo tipo de barbarie son los mismos que esconden la verdad y los forman con la misma doctrina que aplicaron sobre nosotros.

Nunca quisimos revancha ni sentimos el odio que, a veces, nos adjudican. Jamás hubo de parte de nosotros en estas tres décadas algo de que nos puedan culpar. Pero sí, lo que queremos, es justicia y castigo a los culpables, terminar con la impunidad y que las nuevas generaciones de las Fuerzas

Armadas y de la Policía no queden con la versión falsa de los hechos, que sepan defender los derechos humanos de todos nosotros con dignidad.

No se puede hablar de «Nunca Más» si todavía no sabemos dónde están nuestros compañeros y compañeras.

En este país siguen libres los más peligrosos terroristas de estado y no podemos pedir a las nuevas generaciones un mejor comportamiento si no se da el ejemplo y se les muestra que quienes cometieron faltas tan graves, siguen caminando por las mismas calles, comparten las mismas cosas sin haber sido juzgados por los delitos que cometieron y los que están hoy presos no están por los delitos que cometieron que son delitos de lesa humanidad y no prescriben sino por delitos comunes. En cambio tienen todas las comodidades que los presos comunes no tienen.

Teniendo en cuenta que la lucha contra la impunidad constituye la reconstrucción de las relaciones sociales sobre bases sanas de un estado democrático republicano de derecho, se impone el análisis de las distintas formas de difusión de los hechos históricos.

Para que el Nunca Más Terrorismo de Estado sea efectivo tenemos que tener Memoria, Verdad y Justicia.

Índice

Impreso en los talleres gráficos de **Tradinco S.A.**
Minas 1377 - Tel. 2409 4463 - www.tradinco.com.uy
Marzo, 2018. Depósito Legal N° 373.461/18
Edición amparada en el decreto 218/996 (Comisión del papel). Montevideo, Uruguay

Publicaciones de la Editorial Primero de Mayo

Los trabajadores cuentan
Varios

Las mujeres, ¿dónde estaban?
María Julia Alcoba

Setenta años construyendo futuro
Federación Uruguaya de Magisterio y Trabajadores de Educación Primaria

Cinco décadas de lucha
Federación Uruguaya de la Salud

¿Quién vacía el sobre de la quincena?
José Luis Massera

Así se forjó la historia. Acción sindical e identidad de los trabajadores metalúrgicos en Uruguay
Susana Dominzain y otros

La autonomía del poder militar en Uruguay y la información
Roque Faraone

Unidos hacemos historia
Varios

La llama no se apaga
Nélida Fontora

Este libro nos arrastra por una peripecia de adioses que giran la cabeza y siguen, que pelean las batallas y que finalmente regresan para el abrazo, para el llanto, para buscar miradas que se extrañan y ya no están.

Hoy existe una necesidad del testimonio, contra el olvido, el engaño y la injusticia. Adquiere aún más importancia cuando se trata de una vida que es muchas vidas, de una vida que está en muchas vidas. El recuerdo es tan intenso en la lucha por la verdad, como en las pequeñas cosas diarias que evocan aquellos tiempos. Contra el dolor, la lucha, siempre la lucha.

9 781234 567897

Editorial Primero de Mayo